CARMEN DE BURGOS SEGUI.

ENSAYOS LITERARIOS

CON PRÓLOGO

DE

D. ANTONIO LEDESMA HERNANDEZ.

ALMERIA.—1900.

(BAEM 2139)

Ensayos Literarios.

→ ☐ Archivo Florentino Castañeda
Nov/2007 (BALJRC-2139)

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ.

ENSAYOS LITERARIOS.

CON PRÓLOGO

DE

D. ANTONIO LEDESMA HERNANDEZ.

ALMERIA.—1900.

A mi querido tio

el

Excmo. Sr. Don

Agustin de Burgos Cañizares

Senador del Reino.

Carmen de Burgos Seguí

CARTA PRÓLOGO.

Sra. D.ª Cármen Burgos de Alvarez.

Muy Sra. mía y de toda mi consideración: coincide con una carta que recibo de su Sr. esposo, solicitando escriba un Prólogo para estos Ensayos Literarios, el deséo que V. me manifiesta de que haga al público la presentación de su libro; y si de un lado no puedo negar á la amistad de aquél lo que pretende, de otra parte siento viva satisfacción en cumplir suaves leyes de galantería, y en este caso de reconocimiento á una demanda que tanto me honra.

No debo, sin embargo, pasar adelante sin significar á V.ª que no acertáron al designarme para protector de la obra. Mi personalidad literaria es bien humilde, y mis juicios nada pueden valer para el lector ni ante la Crítica. Nunca tomé la Literatura como estado, profesión ni oficio, cual otros suelen; si como dulce recréo para el ánimo, tras las diarias luchas de la vida. En tal concepto, ni amé ni ambicioné la gloria, y falto de esta pasión, nada hice por conseguirla. Mis obras fueron meras expansiones de mi espíritu; colóquios conmigo mismo, conservados en manuscritos ó libros que corrieron poco por que no les dí alas para volar. Compuse dramas y comédias que no buscaron actores ni escenarios, y que gimen y rien en mis legajos polvorosos; poesías líricas que nunca coleccioné y que no traspasaron estas fronteras; y hasta mis Poemas, que dí á luz por verlos vestidos de limpio con los hermosos caracteres de Elezevirio, quedaron con sus cientos de ejemplares en los armarios de mi biblioteca, para regalo de mis amigos y mi propia contemplación, por esa natural desídia del que nada busca ni nada espera, convencido de que todo es aquí abajo «vanidad de vanidades»

De este modo éra imposible tomar puesto entre literatos, críticos y artístas, y como ni he sabido ni he querido ganármelo, resulta que carezco de autoridad para apadrinar cualquier obra literaria, para recomendarla y servirle de escudo. Sépanlo V.ª, si otra cosa creyeron

al pedir mi ayuda; si por un instante pudieron confundir el afecto y consideración que me dispensan mis conciudadanos que me conocen, con el prestigio y popularidad que en la República de las Letras necesita el que ha de presentar obras agenas y ser egida de escritores noveles.

Dicho esto en descargo de mi conciencia, puede V., si gusta, publicar ó no la presente carta como prólogo. Si lo hace y queda su libro en horfandad, culpa no será mia; si la guarda y no la dá á la prensa, no me ofenderé; por el contrario, creeré que he convencido á V. de su equivocación, que es lo que deseaba.

No hablaré con el público, por si acaso; sinó con la autora de estos Ensayos, cuyas páginas he leido con satisfación: y perdone V. le manifieste, con la misma sinceridad de antes, la sorpresa que esa lectura me produjo. Yo ignoraba que en nuestro solar almeriense se cultivasen tan delicadas flores literarias; conocia muy al detalle la rica flora de nuestros escritores regionales, no por modestos y escondidos, de menos valía que otros muchos que alcanzaron en España gran renombre; diariamente comunicábame con ellos; alentábalos á emular en más ancho campo y á cosechar altos laureles; recordaba algunas escritoras urcitanas, que dieron en pasados tiempos galanas muestras de su valer; pero que no habian tenido en su afición imitadoras; y me hallé gratamente impresionado al ver que V. continuaba aquella brillante tradición, con sus cuentos, con sus leyendas, con sus sentidas novelas cortas, con sus artículos de moral y de sociologia, y con sus tentativas poéticas afortunadas.

No soy de los que creen que esté vedado á la muger el campo de las Letras y de las Artes. Repúgname pensar que, por excrupulos monjiles ó de moralistas anticuádos, su misión en la vida quede reducida, como en la sociedad romana, al culto de los Lares y al cuidado de la familia y de los siervos; ni son incompatibles con estos sagrados deberes las nobles obras del espíritu. Negar á la muger la facultad del Arte, en la que supera al hombre en delicadeza y percepción, es condenar á media Humanidad á la esterilidad del pensamiento: hacer del gènero humano otro triste planeta de las noches, que nos muestra una sola cara y nos deja la otra en eterno misterio.

El Arte no es, como yo lo he considerado para mí mismo, para mi uso particular, una mera distracción sin trascendencia; yo tampoco lo créo así en su esencia pura y altísima, y reconozco que lo he desvirtuado en mis prácticas. La obra artística no es de éste ni es de aquél operario individual, sinó del ser humano completo, de la Humanidad toda, que, con élla continúa la creación divina. El Dios que hizo el Universo y al hombre, y que dió á éste un destello de su luz y un impulso de su poder, no descansó el séptimo dia para que todo quedara en reposo, sinó que dejó á la Humanidad por continuadora de su obra; y ésta, lo mismo que Aquél modeló en mundos la materia, la domina con los progresos de su trabajo y de su industria; y de

igual suerte que el Sumo Hacedor creó el espíritu humano á su propia imagen, esa Humanidad saca de contínuo creaciones espirituales, obras artísticas que llevan impreso su propio sello; y, como parte de esta Humanidad, la muger no puede ni debe dejar de laborar en esa empresa, donde aporta unas veces el caudal de su cultura, otras los tesoros de su imaginación, siempre los nobles destellos de su alma.

De eso, al feminísmo exagerado que se ha despertado en nuestros dias, hay ciertamente gran distancia: por que una cosa es reconocer á la muger como útil colaboradora en la obra artística, y por igual razón en la científica, industrial y hasta política de las sociedades, sin hacerle olvidar el centro de atracción de su vida, que es el hogar y la familia; y otra caer en esa promiscuidad feminista que, no haciendo diferencia entre la distinta misión moral y social de ambos sexos, pretende igualarlos en aptitudes y derechos, y crear una sociedad histórica donde no haya preeminencias para ninguno, ni autoridad, ni por consiguiente familia ni Estado posibles. Este delirio de una minoría exaltada, este verdadero anarquismo del hogar, por fortuna solo es una fiébre pasagera; y la muger en general, después de haber salido de las esclavitudes antiguas, de verse redimida por el espíritu cristiano, y hasta realzada por el sentimiento caballeresco que le sucedió; después de tener abiertas hoy las puertas de las Ciencias y de las Artes para su talento y su corazón, no sueña con aquellas exageradas emancipaciones, que le harian perder su propia dignidad y el bello papel que en la sociedad representa.

Tal es mi leal convicción, y por ello apláudo esos Ensayos literarios de V, en que, sin caer en aquellas tendencias innovadoras, decidiéndose á colaborar con su delicado espíritu en la obra artística de nuestros dias, aporta V. á ella las primeras flores de un fecunda imaginación y los primeros frutos de un talento privilegiado. Ensayos son ciertamente no más los trabajos que V. colecciona, pues en ellos se la vé hacer probaturas sobre diversos géneros, desde la leyenda oriental, ya decaida, pero que V. reanima en su preciosa «Zahara,» hasta la balada germánica de dificil imitación; y desde la instantánea hija del febril periodísmo actual, á que dá V. feliz interpretación en su página «La Mariposa,» hasta el relato sencillo, interesante, de «El Repatriado» que sale risueño, robusto y vivaz para las Antillas, dejando voluntario su pátria, su madre y su novia, y vuelve moribundo, triste y solo, encontrándose sin salud, sin novia, sin madre, y sin Antillas, y hasta sin Patria, que es lo que á V. le faltó añadir.

Imposible hacer una crítica detenida de todas las producciones en este libro coleccionadas: las hay realistas y conmovedoras como «Las Dos Madres»; legendarias como »Salud de los enfermos», donde por cierto se encuentra un hermoso paralelo de la catedral y la ermita con la grandeza divina y su humildad misericordiosa; caballerescas y medioevales como «Una Venganza», y de otra muy diversa índole, como «La Muger en España» y «La Educación de la muger,» en que

la imaginación cede la pluma á la reflexión y al estudio. Condenar todos estos trabajos por falta de fijeza, de dirección y de estilo; por descuidos naturales en toda primer tentativa; por defectos propios de cualquier obra humana, sería mostrar una severidad incompatible con la justicia que debe reinar en todas partes, incluso en el mundo de las Letras, como *raigada virtud:* aquella *justitia dulcore misericordiæ temporata,* como definió Justiniano la equidad, no es menos necesaria contra el rigorismo de la crítica, que contra la severidad de las leyes. A esa adusta censora habria que decirle, como Cicerón, *Noli esse multum justum,* no hay que ser muy justo; por que la suma justicia suprema injuria es.

Semejante lenidad es obligada en la crítica actual, con tanta mas razón cuanto que ella misma adolece de los propios defectos que combate: de falta de criterio seguro, de preocupaciones de escuela, de precipitación en los juicios, de formas á veces impropias del sereno fallo, del templado consejo, ó de la reprensión saludable, que le estan encomendados. En esta época de transición, sin respeto á las viejas reglas ni consistencia de los nuevos cánones literarios, reina el mismo desbarajuste en las ideas críticas, que en nuestro caótico estado social. ¿Qué norma fija puede haber, donde aún no se ha terminado la batalla de naturalistas é idealistas; donde la secuela del realismo trata de recabar el triunfo para sí; donde el modernismo recientemente entabla tercería de mejor derecho; y el romanticísmo no se dá por vencido todavía, y el clasicismo aspira á una resurrección en los cielos del Arte.? ¿Cómo, un escritor que entra en liza, ha de poder tomar rumbo de seguida entre el tumulto de estas disputas? En tal situación, no es imperdonable que vacile, que incurra en errores y caidas, y que sea víctima del encono de aquellos á quienes no siga en sus tendencias, y aun que reciba los golpes de todos, sinó se ajusta al peculiar criterio de ninguno.

Yo, que no tengo cubierto en el banquete de la gloria, no intervengo tampoco en esa lucha de las escuelas críticas contemporaneas; contemplola impasible, con mis gemelos de campaña; veo quién acomete con vigor y quién flaquea; de qué lado se inclina circunstancialmente el triunfo; y guardo una sola fé: que el idealismo no puede ser vencido en definitiva en Literatura, como nunca lo fué en la Filosofía ni en la vida humana: porque, si como dice Descharel «el arte es la Naturaleza interpretada, por un alma para otras almas,» toda vez que en las almas vive el ideal, en esa interpretación ha de tomar forma necesariamente y encarnarse y vivir tambien, embelleciendo y realzando á la Naturaleza misma. Esto así, yo no supeditaria la obra artística á una servil reproducción de la Naturaleza objetiva; menos aún haría de las deformidades de ésta, como el realismo, materia adecuada para el Arte; ni exageraría el idealismo á tal punto que me desviase de la Naturaleza y de la realidad, obras de Dios, que ha de continuar, como

dije antes, el génio artístico del hombre. Esa es mi particular opinión, y la esbozo por si puede servir á V. de guía en sus nuevas tareas, y darle un hilo de Ariádna en este laberinto de la crítica estética, que por fuerza han de recorrer el literato y el artista, para orientarse en sus trabajos.

De buena gana, sobre este tema de las escuélas críticas actuales, entraría en más pormenores y discusión; pero un Prólogo no es un libro que acompaña á otro, ni una carta, que acaso no llegue á ser prólogo siquiera, puede convertirse en voluminoso alegato. Basta con lo dicho para que el lector curioso entre, benévolo, por esas páginas adelante, despojándose de exigentes deséos y animadversión; y si repara en que no se trata de un escritor que busca vanidosamente triunfos y alta fama, sino de una escritora modesta, que vá á probar fortuna y á ganar su sustento en el campo de las Letras, consagrando á ellas sus vigílias, sin duda que se mostrará más generoso aún, y que habrá de alentarla noblemente en sus propósitos.

Y como yo me he curado ya en salud al principio de esta carta, recusándome con cáusa por incompetente para presentar su libro ante el público, no espero que este pregunte, como de otro modo podría hacerlo, «¿y á V. quien le presenta?» por que, realmente, me quedo en el dintel, sin pasar adelante, y tengo renunciado de antemano todo derecho á la notoriedad. Sin desalentar con mi especial sistema á los que sienten legítimas ambiciones, antes bien estimulandoles y animándoles, con la predicación y el consejo, encuentro que es tambien otro médio de contribuir á la labor artística humana este trabajo silencioso de madrépora, á que en mis soledades me consagro. Después de todo, no lo olvide V., el escritor que se decide á buscar lectores, tiene que vivir del favor del público, supeditarse á sus gustos, dejarse llevar por esas turbulentas corrientes; y si con ello sus obras ganan en oportunidad, pierden en subjetivísmo y en independencia. El Arte, subordinado á esas corrientes sociales, no es un Arte puro y libre, como necesita serlo para aspirar á la realización de la eterna belleza; el verdadero artista sería el que, con génio superior e intuición poderosa, trasladase á escritos, partituras, lienzos ó mármoles, el ideal estético, sin consideración á que ojos, oidos ni cerebros humanos hubiesen de sentir sus obras, como si en la tierra no hubiera más sér racional que él mismo, monarca de sus regiones solitarias. Por eso, los grandes artístas no han teñido en cuenta los gustos y preocupaciones reinantes; y sacando de su propio génio sus obras maestras, las han impuesto y han contrariado aquellas tendencias de la sociedad en que vivieron, reformándolas, encauzándolas, y siendo respecto á ellas, no siervos, sinó señores. Así Cervantes mató con su Quijote el pésimo gusto de los malos libros de caballería, y su obra es inmortal precisamente por que, en vez de supeditarse á las aficiones de su tiempo, levantó más la mente y el corazón, y sorprendiendo el perpétuo contraste del ideal y la realidad, les dió

carne y vida en aquel andante caballero y en aquel escudero práctico y socarrón, eternos personages de la comedia humana.

Los que no tienen medios ni empuje para llegar tan alto, ni gusten entregar su nave á los oleages del veleidoso público, contentense, como yo, con hacer del Arte un recréo; cultivenló como un jardín en sus ratos de ocio, y gocen a sus solas con el delicado perfume de sus flores; coleccionando libros como plantas raras; haciendo ensayos de aclimatación en sus estufas; dando expansión á su espíritu con sus caprichos de jardinería. Independientemente de su trascendencia en la educación, cultura y espiritualización de los pueblos, no hay duda de que el Arte es tambien un placer individual. Los mismos pesimistas, que solo ven en la vida torturas y dolores; el autor de la Filosofía de lo Inconsciente, que recuerda, haciéndola suya, la frase de Schopenhauer de que todós los goces del hombre no compensan los sufrimientos que le causan el salir y caerse de sus dientes, reconocen el placer del Arte y de la Ciencia como real; y yo, que no participo de las exageraciones de aquella escuela de misántropos, creyendo que en la vida hay mucho agridulce, coloco sobre todos sus deleites el placer estético, convencido de que Dios ha dado el Arte á la Humanidad para dignificarla, y al individuo para consolarle de las tristezas de la tierra.

Créame siempre su más atento y S. S.

Q. B. S. P.

Antonio Ledesma.

Almería Enero de 1900

ZAHARA

Corría el año 1250. Fernando III el Santo ocupaba el trono de Castilla y León y sus vencedores ejércitos se habían hecho dueños de Murcia y Córdoba, la antigua corte de los Omniadas. Mahomed Alhamar de Granada se declaraba auxiliar y tributario suyo, y Abul-Hasán temblaba á la proximidad de sus aguerridas huestes, que se dirigían á la Gran Isbilia, como los moros llamaban á nuestra hermosa perla del Betis.

Las orillas del Guadalquivir se veían en esta época llenas de preciosas casitas y suntuosos palacios, rodeados de flores que con sus brillantes colores, los dulces sonidos de las guzlas, panderetas y dulzainas, la belleza de las musulmanas que asomaban á los ajimeces envueltas en sus blancos velos y el suave murmullo del agua, todo en armónico conjunto, bajo el límpido cielo de Andalucía, hacía creer en la posesión del paraiso del profeta y las delicias prometidas á los creyentes hijos de Mahoma.

A uno de estos palacios es donde vamos á conducir á nuestroslectores.

A la grandiosidad de su estilo árabe-mauritano, con sus arcos ojivales y sus esbeltas columnas, se agregaba la riqueza del decorado, sus pavimentos de mármol de colores, sus paredes adornadas de ajaracas y alicatados, en los que se combinaban ricamente el rojo, azul y oro; sus techos de cedro con artísticos relieves; sus puertas de nácar, ébano y marfil; y los elegantes surtidores que derramaban las aguas en ricas fuentes de jaspe, hacían que en aquel recinto se reuniera todo lo bello y magnífico que podia soñar la ardiente fantasía de los árabes.

En uno de los salones de este alcázar, reclinada indolentemente en rico cojín de seda, había una mujer envuelta en un velo de blanco lino, que era digna por su hermosura de servir de centro al artístico marco que la rodeaba.

Parecía imposible que la Diosa Fortuna no cerniera sus alas sobre los moradores del palacio, y no se comprendía cómo la desgracia pudiera tener entrada en aquel nido formado para el placer.

Mas fijándose con detenimiento en la bella morisca se notaba la sombra del pesar extendida sobre su moreno rostro, y las huellas de las lágrimas en sus magníficos ojos negros.

La puerta de la estancia giró con suavidad sobre sus goznes y una esclava, de agraciado y simpático rostro, apareció en el dintel, deteniéndose temerosa de turbar la meditación de su dueña.

—Adelante, Noeima; dijo esta. ¿Qué hay?

—Nada, ama mía; Omar y Alí han partido, el centinela tomó el refresco que le brindó tu esclava y el Nazareno encontrará libre el paso hasta el pié de la ajiméz.

—Tiemblo Noeima; la dicha y el pesar inundan mi alma á un mismo tiempo; para seguir á Alfonso dejo la religión de mis mayores, dejo este encantado Edén en que se deslizó mi feliz infancia y abandono al generoso Omar cuyo corazón hago pedazos.

—Aun estás á tiempo, ama mía, huye al interior del palacio; no veas al cristiano y olvida esa funesta pasión que desgarra tu pecho.

—¡Olvidarlo, imposible! Pidele al Sol que no alumbre, pídele á las aves que no canten, pídele á los astros que se detengan en su carrera; pero no le pidas á mi corazón que deje de latir por Alfonso.

Desde el primer día que lo ví cautivo, trabajando en los jardines, no aliento más que para él, durante la ausencia de Omar busqué ocasión de encontrarlo, le hice conocer mi pasión, nuestros corazones se fundieron en uno solo y la dicha de amar y ser amada llegó á mi alma por vez primera..... Pero Omar volvió, la familia de Alfonso pagó su rescate y nos tuvimos que separar.... quiso que le siguiera.... me he resistido á ello.... he luchado.... pero comprendo que sin él la vida es imposible, no quiero más Dios que su Dios, ni más felicidad que ser su esclava. Estoy decidida. Vete, Noeima; cuando la noche esté en mitad de su carrera vendrá Alfonso

y abandonaré estos risueños lugares.... mañana Zahara se llamará María y las vestiduras orientales serán sustituidas por los sencillos vestidos de las damas cristianas..... Sólo un pesar domina en mí á todos los demás. ¿Me amará siempre Alfonso? ¡Oh! Daría mi vida toda por poder ver su corazón.

*
* *

Si no hubiesen estado tan agitadas Noeima y Zahara hubieran notado que la pesada cortina de brocado de oro que cubría la puerta se agitaba y una sombra se deslizaba silenciosa á lo largo de la galería.

*
* *

Son las 4 de la madrugada. Todo duerme en la oriental Sevilla. La luna acaba de ocultarse, se oye el viento silvar sobre las gigantes torres y por el entreabierto ajimez del palacio de Omar se divisa una sombra blanca que mira con ansia al rio, como si quisiera disipar las tinieblas para penetrar en ellas con su mirada.

Es Zahara que espera ansiosa la venida de Alfonso.

Quien no haya esperado nunca la llegada de un sér querido; quien no haya sentido la impaciencia del que desea tener á su lado el objeto de sus amores; quien no haya contado esas horas interminables en que cada minuto parece una eternidad, cuando en todos los rumores que llegan á nuestro oido nos parece conocer los pasos del que esperamos y el murmullo del viento nos finge el eco de su voz; quien no haya visto pasar el tiempo, sucederse las horas, disiparse las tinieblas y volver á asomar su disco el astro de la luz, no puede comprender el estado de desesperación y desconsuelo de Zahara que durante toda la noche habia estado atenta al menor rumor y mil veces habia sentido acelerarse los latidos del corazón, y mil veces habia vuelto á caer en su mutismo, hasta que la zozobra, la desesperación y el temor la habían vencido y abandonando el mirador se habia dejado caer en los cojines.

De pronto sintió ruido de pasos á su lado, se levantó presurosa y se encontró frente á Omar.

La sorpresa fué tan violenta que no pudo disimularla y de no haber estado tan turbada hubiera notado algo estraño

en el rostro y la sonrisa del Moro, cuando dejando á un lado su cimitarra y despojándose del alquicel, la cogió cariñosamente por el talle y le preguntó:

—¿Me esperabas, Sultana?

—No, Omar, dijo ella procurando ocultar su inquietud, pero el ruido del viento me tenia desvelada y no quise acostarme.

—Lo comprendo, más ¿por qué no mandaste encender luces y que tus esclavas distrajeran tu desvelo con sus cantos y sus danzas?

—Me sentía triste, Omar mío.

—¿Acaso mereceré la dicha de que mi ausencia fuese la causa de tu tristeza?

—¡Eres tan bueno!

—No, te amo mucho y eso es todo; por tí he buscado el lauro en los combates; por tí he procurado reunir en el palacio todas las riquezas del oriente; por tí tengo en mis jardines desde la altiva palmera hasta la sencilla violeta; mi dicha es verte dichosa; pídeme terciopelos, pídeme chales, perlas y plumas y que yo vea siempre serena tu frente, satisfecho tu rostro y amorosa tu mirada.

—Tu bondad provee con esceso mis deseos.

—Uno tienes que no me has manifestado y que me ha hecho dejar mis huestes y volver á tu lado para satisfacerlo.

—Yo.... no sé....

—Toma esta caja: por lo que ella encierra habría quien diera toda su existencia. ¿No aciertas lo que es?

Zahara tomó la caja presa de vaga inquietud y le dió vuelta entre sus manos.

—Ábrela, dijo Omar, no retardes tu dicha.

—¿Son algunas ajorcas ó algunas piedras preciosas?

—Velo tú misma, Sultana, yo quiero gozar con tu sorpresa.

La morisca abrió la caja con mano trémula; dentro de ella, sobre el fondo de damasco blanco, se veía un corazón ensangrentado; en el momento no comprendió la infeliz lo que aquello significaba; miró á Omar y lo vió con la faz contraida y la mirada torba que le decía con ira:

—Darías tu vida por ver el corazón de Alfonso. Tu deseo está satisfecho. Paga tu deuda.... y alzando su alfange se precipitó sobre ella.

Pero antes de acercarse la vió abrir los ojos desmesura-

damente, llevarse á los lábios el ensangrentado corazón y caer al suelo como herida del rayo.

Omar se detuvo.

—¡Esclavos, luces! gritó.

Socorred á vuestra señora, les ordenó cuando acudieron.

Los servidores se precipitaron á levantarla y observaron con terror que estaba muerta.

—Se escapó á mi venganza, exclamó ferozmente el Moro, fué á unirse con él en el paraiso de los cristianos y me deja solo y abandonado á mí que no podía vivir sin ella.

Y rápido como el pensamiento volvió contra sí mismo el acero cayendo exánime al lado del cuerpo de su adorada Zahara.

LA MARIPOSA

(INSTANTÁNEA)

Ligeras son sus alas transparentes y matizadas de vivos colores; de ellas se desprenden aureos reflejos; contempla su imágen en las límpidas aguas del estanque, y se cree una flor viva superior á todas las que crecen en el frondoso vergel.

Y pasa desdeñosa y esquiva, no juzgándolas dignas de fijar su planta, sobre las sencillas violetas, que modestamente le ofrecen sus olores, el purpúreo clavel sus escondidas hojas, la elegante camelia su belleza, la fragante rosa su frezco cáliz, el perfumado jazmín su nívea blancura, y la azucena su cándida pureza.

Ella aspira indiferente sus perfumes, no admira sus colores y en raudos giros se dirige á una brillante luz que le parece una flor de diamantinos reflejos.

Su aspecto la deslumbra, su dulce calor la atrae; y pasa, vuela y gira á su alrededor acabando por precipitarse en su seno, donde en vez del descanso que esperaba, su cuerpecito se retuerce en los dolores de la agonia.

¡Inocente mariposilla, cuántas reflexiones nos trae á la mente tu sencilla y breve historia!

¡Cuántos seres atraidos por el falso brillo, queman sus alas, marchitan sus ilusiones y encuentran la muerte en vez de la dicha; despues de haber cruzado, sin fijarse en ellos, los jardines de la vida y haber despreciado los bellos colores de la amistad y los sentimientos del alma.

DOS MADRES

—Vaya señora Nicolasa, dese V. prisa á despacharme; mi pobre señora está sin tomar nada desde ayer—dijo una joven que con un jarro en la mano estaba apoyada en el mostrador de la lechería.

—¿No oyes, Nicolasa? aquí está la criada de la señora de Fiscobís que tiene prisa, dijo un suizo fuerte y colorado que fumaba tranquilamente su pipa cerca de la puerta.

Al oir pronunciar el nombre de Fiscobís, la mujer se inmutó ligeramente y un observador hubiera notado que prestaba excepcional atención á lo que la criada y la señora Nicolasa, que había acudido presurosa, hablaban.

—¿Con que tan mal está la señorita Blanca? decía esta última.

—Figurese V. Carlitos se muere, el único medio de salvarlo, según dice ese célebre médico de Barcelona, es que le trasmitan sangre nueva; y aunque la señora ofrece la mitad de su fortuna no se encuentra nadie que quiera dar su sangre.... por que ¡ya ve V.! ¡la sangre.....!

—Claro. ¡Pobre señorita, tanto como lo quiere!

—Todas las madres quieren á sus hijos; pero como la señora no tiene mas que ese y él se hace querer con su carácter tan bueno y tan angelical.... Pero me estoy entreteniendo y tengo prisa, Vdes. queden con Dios.

—Vaya V. con Dios, hija mía.

La criadita salió lijera de la lechería, dirigiéndose á una elegante casa, cuya puerta abierta y el desorden que en el interior había, daban á entender que sus moradores se encontraban en circunstancias excepcionales ó presas de alguna atribulación.

Si penetramos detrás de la criada veremos un pequeño

gabinete tapizado de raso amarillo en el que una mujer jóven, sentada en una butaca, con los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta entre las manos, derrama amargo llanto, mientras un caballero, de aspecto grave, la contempla triste y silenciosamente.

—Sálvelo V. Doctor, decía la señora entre sollozos y retorciéndose las manos con desesperación: es el único afecto que tengo en el mundo; sin él la vida sería un desierto. Perdí á mi madre al nacer, mi padre no se ocupaba de mí, me casé con un hombre que me dejaba sola y abandonada para buscar fuera de casa los placeres y las diversiones, y me sentía morir del frio que habia en mi alma hasta que nació mi hijo, mi Cárlos; desde entonces deposité en él toda la ternura de mi corazón, lo arrullé en mis brazos, lo alimenté en mi seno, fuí su aya, su niñera, su institutriz, todo para él que con sus caricias paga con exceso mis desvelos y es mi única compañía desde la muerte de mi esposo. ¿Qué vá á ser de mí sin él?

¡Ay! Doctor, Doctor, que Dios y la ciencia hagan un milagro. ¡Salvadlo en nombre de María!

—Señora, dijo el Doctor conmovido, yo bien quisiera pero os he dicho el único medio: necesitamos sangre sana, rica en fibrina y glóbulos rojos para hacer la operación llamada *trasfusión de la sangre* y dar nueva vida á esa débil y anémica criaturita.

—Tomad la mia Doctor, tomad mi vida si es preciso.

—No sirve, Señora, no lo salvaríamos sin salvarlo; solo una naturaleza fuerte y saludable puede hacerlo.

—Pero los dias pasan, no se encuentra á nadie; y yo lo veo languidecer, morir.....

—No os lo oculto, ahora es tiempo, dentro de poco será tarde.

—Pues mirad si sirve mi sangre y haced la operación señor médico; yo creo que tengo bastante para los dos, dijo adelantándose la mujer que con el niño de la mano había seguido á la criadita desde la lechería.

La señora de Fiscobís quiso levantarse, pero las fuerzas le faltaron y cayó desmayada en la butaca.

***

Ocho días despues volvemos á encontrar á nuestros per-

sonajes en el elegante gabinete de la señora de Fiscobís.

—Doctor, dice esta, María Manuela se empeña en salir de casa sin aceptar lo que mi gratitud le ofrece, cuando ni con mi existencia puedo pagarle lo que ha hecho.

Ella le ha dado la vida á mi Cárlos con su sangre generosa; ayudadme á convencerla de que no nos abandone y admita lo que le ofrezco.

—María Manuela, dijo el Doctor, dirigiéndose á ella, comprendo que sólo os haya guiado el deseo de hacer una obra de caridad y que no querais empañar el brillo de vuestra buena acción admitiendo una recompensa; pero como la señora no abriga la idea de pagaros, sino la de mostraros su agradecimiento, podeis sin escrúpulo dejar que vuestro hijo acepte sus beneficios.

—Es que yo soy deudora de la señora, Doctor, oidme. Yo no sé de donde vengo ni á donde voy, ignoro quienes fueron mís padres, me crié en la calle, comiendo lo que me daban y durmiendo donde encontraba.... Cuando fuí una mujer, tuve amigas.... y.... amigos.... me divertía y me obsequiaban.... luego caí enferma.... fuí al Hospital.... todos me abandonaron.... y al salir de allí me encontré con mi hijo en brazos. No sabía qué hacer, me fuí al barrio y las compañeras se rieron por que llevaba á mi hijo y me exigieron para admitirme que lo abandonara.... ¡Abandonar á mi hijo! huí asustada de tal proposición sin saber á donde ir y sólo con la idea fija de no separarme nunca de él.

¡Hijo de mi alma! yo lo amaba tiernamente; hijo del rey ó del verdugo era carne de mi carne y lo había llevado en mis entrañas.

Pasé dos días vagando sin tomar alimento, mi pecho se secó, mi Fernando lloraba de hambre al principio, luego ya no lloraba.... no tenia fuerzas y yo lo veía desfallecer.... helarse.... ¡Dios mio que terrible es esto!.....

Y la pobre mujer se detuvo asustada por los recuerdos que acudían á su mente.

Caí desmayada, prosiguió, en la puerta de una casa; cuando volví en mí, estaba en esta habitación y la señora tenía en sus brazos á mi Fernando; mientras sus criados me reanimaban con caldo y vino, ella con paciencia angelical esprimía el jugo de su pecho en la boca del hijo del vicio que iba poco á poco volviendo á la vida con el calor y el alimento que su caridad le daba.....

Dos días estuvimos aquí. Luego nos dió ropa y dinero y nos recomendó que volviésemos. Yo le besé la mano y no supe decirle lo que sentía.

Salí de esta casa y no quise volver al barrio, con el dinero que me habia dado emprendí una pequeña industria y crié á mi hijo..... No me atreví á volver á verla, pero espiaba cuando salían y desde lejos los bendecía y los amaba.

Hace algún tiempo dejé de verlos y creía que estarían fuera, cuando una casualidad me hizo enterarme de lo que sucedía, vine y tuve la suerte de servirles.

La señora dió su sangre á mi hijo, yo se la he dado al suyo.... estamos en paz.

—¡Dios mio yo no recordaba ya que socorrí á una pobre y un niño que encontré desmayados en la puerta al volver del paseo! ¿y eras tú? ¡tú que por tan pequeño servicio le has dado la vida á mi hijo!

Ven á mis brazos, María Manuela, tú eres mí hermana, nuestros hijos lo serán tambien y no se separarán nunca, te lo pido por favor, concédeme esta dicha.

María Manuela miró al Doctor y le preguntó con ingenuidad:

—Es verdad que yo no soy digna de esto?

—Sí, dijo el Doctor entusiasmado perdiendo su peculiar gravedad, sí, hija de la desgracia, tu cuerpo ha podido mancharse, pero tu alma es tan grande y tan pura que merece ser llamada hermana por ese ángel de pureza y caridad que conocemos con el nombre de Blanca de Fiscobís.

Y el Doctor hacía esfuerzos por ocultar una lágrima que brotaba de sus ojos al contemplar unidas en estrecho abrazo aquellas dos mujeres tan distintas, una criada en el lodo y la otra intachable y virtuosa; pero á quienes la nobleza de sus almas hacia iguales y se veían unidas por los lazos mas sagrados que existen en la tierra; el amor maternal, el agradecimiento y la caridad cristiana.

¡SALUD DE LOS ENFERMOS!

(TRADICIÓN)

No lejos de la antigua corte de los Califas de Occidente, en una de las estribaciones de la sierra, se alza un pequeño santuario dedicado á la Reina de los Ángeles, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salud.

La devoción de la gente de aquellos contornos á la venerada imágen, que en la Ermita existe, y la fama de sus milagros y mercedes, trae contínuamente á sus plantas gran número de devotos que le llevan sus ofrendas y elevan hasta ella sus fervorosas preces.

Nosotros hemos tenido ocasión de visitar la pequeña Iglesia y nunca podremos borrar la impresión que en nuestra alma produjo.

Situada en un paisaje agreste y salvaje, con su modesta cruz de piedra y su pequeña campana incrustada en la pared, se destacaba, por el color oscuro de sus muros, sobre la nieve que cubría el campo, viéndose brillar á lo lejos la luz que alumbra á la bendita imágen, como la estrella polar ó como un faro que señala al navegante el deseado puerto.

El aspecto que presenta nos trae á la memoria los cantos de Zorrilla y los cuentos de Antonio de Trueba, en los que tantos paisajes semejantes nos pintan con inspirada pluma y en los que se respíra, por decirlo así, el sabor de las montañas y se ven palpitar la fé cristiana y las costumbres sencillas del pueblo.

En el interior de la Ermita, es indescriptible el efecto que embarga el ánimo; grande es en todas partes el aspecto de nuestros templos, grandes aparecen á nuestros ojos las

lujosas Iglesias y las soberbias Catedrales con sus pavimentos de mármol, sus altas torres, sus paredes revestidas de cortinajes de damasco y seda, los pintados cristales que velan la luz, las doradas verjas que forman las capillas y los hermosos altares de rica ofrebería adornados de luces y flores, entre las que se descubren las imágenes de Jesús y de María vestidas con ricos terciopelos y espléndidas joyas; el perfume del incienso, la armoniosa y robusta voz del órgano que vierte raudales de notas, ora dulces como el arpa de una vírgen de Sión, ora tristes como los lamentos de la Madre del Nazareno al pié de la cruz de su hijo, ora valientes é inspiradas como los cantos de Débora y ora desmayadas como el suspiro que exhala el justo al dejar el mundo.

Estos templos nos causan un santo recogimiento, parece que algo superior pesa sobre nuestro espíritu, no nos atrevemos á alzar los ojos hacia las sagradas imágenes y el alma comprende la grandeza del Creador.

Pero no menos grandes son las pequeñas Ermitas con sus paredes desnudas y blanqueadas, sus sencillos bancos de madera, su modesto altar adornado con un perfumado ramo de flores campestres y la lámpara de aceite que alumbra el Crucifijo y la efigie de María modestamente vestida y sin adornos.

Allí el alma se acerca más á la divinidad, el silencio de los campos y la sencilléz que nos rodea, hacen que nuestro ánimo deseche el temor, nuestra mirada se atreva á fijarse en las augustas figuras y nuestro corazón ,late de amor, fé y esperanza.

En la Catedral contemplamos al Dios del Sinaí, admiramos la grandeza y poder del Omnipotente, y la figura de María nos parece el altivo cedro del Líbano, la poderosa Reina y Señora de todo lo criado.

En la Ermita contemplamos al Dios que vino á dar su vida por el hombre, predicó su admirable doctrina, consoló á las mujeres, curó á los enfermos y acarició á los niños; y su Madre nos parece la perfumada rosa de Jericó, la humilde violeta, el modesto lirio y la encarnación más sublime de la caridad.

Nuestro corazón se ensancha, nuestra alma se sublima y se eleva hasta el pié del trono en que se sienta la Trinidad bendita.

Con amor y confianza contemplamos la figura de la

'lor de los Cielos, en la que reside toda la poesía de la fé atólica, de la que es aclamada contínuamente por millares e seres que imploran sus favores y la aman tiernamente.

En efecto. ¿Qué mujer, qué madre, viendo en peligro el bjeto de su amor ó al hijo de sus entrañas, no lo encomien- a á la Vírgen en súplica ferviente?

¿Qué hombre que haya tenido la dicha de ser educado or una madre cristiana, no siente en los días tristes de su ida deseos de elevar á María sus preces?

¿Qué marino no ruega á la Madre de Jesús, entre el sil- ido del viento y el rugido de las olas cuando se desencade- a la tempestad?

¿Qué escritor ó poeta cristiano no le dedica una de sus oesías ó de sus obras?

Ella es el sol que ilumina nuestra esperanza, el astro ue con su dulce calor vivifica la gran fábrica del Universo.

El pueblo español ama á su bendita patrona. En los días lestinados á celebrar su nombre se han verificado nuestros más gloriosos hechos de armas; el día de Ntra. Sra. del Car- men se verificaron las batallas de las Navas de Tolosa y la le Bailén, y el día de la Purísima la célebre victoria, por la ue fué proclamada patrona de España esa Excelsa Se- ñora.

La poesía castellana está inspirada en el culto de la ma- dre de Dios, los templos, col gios, instituciones de benefi- cencia y edifi ios notables puestos bajo su advocación.

Las imagenes que en los altares se veneran son objeto de poéticas tradiciones tales como la de la Vírgen de la Al- mudena en Madrid, ante la que se arrodilló el caballo que montaba Alfonso VI, al mismo tiempo que se derrumbaba el lienzo de la muralla que la ocultaba; la Vírgen de *Lour- des* que dirigió su voz á la inocente Bernardeta desde el hueco de la peña de donde brotó hermosa fuente de agua; y la Vírgen del Mar, Egregia patrona de la bella Almería, que entre las azules ondas del Mediterráneo se presentó al afortunado torrero Andrés de Jaén, haciendo brotar con su presencia perfumadas azucenas en las áridas arenas de la playa.

La Vírgen del santuario que nos ocupa tambien tiene una leyenda llena de ternura que vamos á referir á nues- tros lectores.

* * *

A mediados del siglo pasado había en el sitio que hoy ocupa la Ermita una pequeña casita á cuya puerta prestaba sombra una hermosa parra, que con sus verdes pámpanos rompía la monotonía del agreste paisaje, prestándole una nota alegre y risueña.

Habitaban la casita una anciana paralítica y un hijo suyo, joven de 25 años, en unión de una criada encargada del cuidado de la enferma y el arreglo de la casa.

La anciana adoraba á su hijo, todos sus deseos se cifraban en verlo feliz, le hacia asistir á las fiestas y romerías de los pueblos vecinos y solía decirle:

—Trabajas mucho, hijo mío, no recuerdo haber tenido por tu causa el más pequeño disgusto, me apesadumbra el pensar que pronto te dejaré solo y abandonado y mi mayor deseo es que busques una compañera virtuosa que ocupe mi lugar á tu lado.

—No me aflija V., madre mía, contestaba el joven, sólo á V amo y nadie puede reemplazarla á mi lado,

Y el joven seguía su vida de costumbres, entregado al trabajo, al cuidado de su madre y la contemplación de la naturaleza.

En esas noches bellas y silenciosas que se disfrutan en aquel delicioso país, se sentaba bajo el emparrado, encendía un cigarro y dejaba vagar su imaginación, mientras contemplaba el campo y las estrellas que tachonaban el cielo.

Una noche que gozaba de tan venturosa calma le pareció sentir un suspiro á su lado, alzó la cabeza y vió una sombra oscura sobre la blanca alfombra de nieve que cubría el suelo, se levantó para ver lo que era y con sorpresa divisó la elegante figura de una mujer, velada en un largo manto, con la cabellera tendida sobre los hombros y un perfil correcto de una hermosura divina y sobrenatural.

Pero aquella mujer no era un sér real, era sólo una silueta que la sombra proyectaba en el suelo.

El joven la contemplaba absorto, buscó el objeto que la producía, sin poder encontrarlo, y permaneció estático ante ella hasta que la luna se ocultó en el horizonte y la oscuridad, borrando los objetos, la quitó de su vista.

Desde aquella noche la vida del joven cambió por completo, se hizo melancólico y taciturno, descuidó el trabajo y pasaba la vida sentado bajo el emparrado con la vista fija en el lugar donde viera el perfil de la visión que turbaba

su tranquilidad esperando que la luna volviera á dibujarla en la nieve.

Cuando esto sucedía el jóven se acercaba, cruzaba las manos y se dejaba caer de rodillas adorándola en extasis; y cuando la luna no alumbraba, lloraba y se desesperaba sin acertar á esplicarse lo que dentro de su pecho pasaba.

Su salud se alteró con estos sufrimientos y la pobre enferma, temiendo por su vida, lo llamó á su lado y con esa ternura que solo es patrimonio de las madres lo invito á que le abriera su corazón; y entonces el jóven le refirió el amor purísimo que devoraba su alma por aquel ser inmaterial é intangible.

La anciana sobresaltada por tal revelación, mandó en secreto á buscar al anciano Prior del Monasterio inmediato y le hizo presente la situación de su hijo.

El Prior esperó que llegara la noche y cuando la luna alumbró con todo su esplendor y el jóven cayó de rodillas ante la imagen adorada, se acercó ansioso y no vió nada que empañara la blancura de la nieve.

Entonces temió por la razón del pobre jóven y le tocó en el hombro diciéndole:

—Pedro, levantaté y sigueme.

—No ahora, padre, dejadme que la mire; solo los momentos que la véo soy felíz.

—Pero no ves, insensato, que esa sombra existe solo en tu mente, yo estoy aquí y nada veo.

—Padre, es que ella se deja ver solo de mi, porque solo yo soy capaz de adorarla como la adoro.

—¡Será el espíritu de las tinieblas que quiere turbar tu tranquilidad!

—¡No blasfemeis, padre mio.! Tal belleza puede solo residir en seres celestiales, una adoración tan pura como la que siento solo se puede tener por algo divino.

—¡Tú eres el que blasfemas, tú que estas loco ó preso en las redes de Satanás y me veré obligado á conducirte á los calabozos del Santo Oficio si no abandonas ese insensato delirio!

—¡Dios de las alturas, exclamó Pedro exasperado con tal amenaza, haced brillar vuestra justicia mostrando la inmaculada pureza de la imagen que adoro y juro dedicaros mi vida!

Y como si Dios hubiese escuchado la suplica y aceptado el juramento, un fuerte viento hízo temblar la casa, la parra cayó al impulso del huracan y una enorme piedra desprendida del risco que sobre la casa se alzaba vino á caer en el lugar donde el jóven veía el perfil de la aparición.

Al verlo desaparecer Pedro lanzó un gríto y se precipitó hacía él:

—¡Ves, desgraciado, dijo el Monge asustado, has provocado la cólera de Dios!

Pero los dos enmudecieron de sorpresa al ver salir corriendo,

ágil y llena de salud á la anciana paralitica que gritaba llena de alegría.

—Pedro, Padre, allí, allí, está la Vírgen. Mirad.

En efecto al caer la piedra del risco habia dejado al descubierto una hermosa imagen de la vírgen de la Salud, cuyo rostro, herido por los rayos de la luna, dibujaba en la pared el perfil ideal que tanto adorara el jóven Pedro y este su madre y el Prior doblaron la rodilla entonando para saludarla las palabras que 18 siglos antes pronunciara el angel Gabriel al anunciarle la buena nueva.

. . . . . .

. . . . . .

Pedro y su madre no quisieron desprenderse de la sagrada imagen, vendieron sus tierras y con el producto de ellas derribaron la casa y construyeron la pequeña Ermita que hoy existe, viviendo dedicados al servicio de la Excelsa Señora.

La fama de los milagros de la Vírgen se extendió por el Orbe, de todas partes acudian romeros á sus píes; y la pequeña Ermita es la antorcha que mantiene vívo el fuego de la fé en los corazones de los habitantes de aquella privilegiada comarca.

LOCURA.

(BALADA ALEMANA.)

Es la razòn un tormento
Y vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar
Fíjo en él el pensamiento.

La noche está serena; la luna, con su luz palida, alumbra el bosque, cuyos árboles parecen llegar al cielo con su obscuro ramaje, entre el que gime el viento con armònico son.

El perfume de las flores embriaga; los ruidos vagos que pueblan el aire hacen soñar con algo poético y espiritual.

¿Qué es esa forma que se vé deslizarse entre los tilos, es acaso una visiòn, hada ó fantasma que finge nuestro deseo? ¿Es una virgen cristiana coronada de rosas blancas que va á elevar en la soledad sus preces al Altísimo? ¿Es una hurí mahometana que viene á hacernos conocer las delicias del paraiso prometido en el Corán? ¿Es una Diosa del Parnaso ó una divinidad del Olimpo que viene á enloquecer á los mortales; es una sílfide, una Ondina, ó el sueño de un poéta?

Celeste es su vestido; sobre sus flotantes y rizados cabellos lleva una guirnalda de nardos y azucenas, sus formas esculturales se trasparentan bajo las tenues gasas que la cubren.

Es una muger, en sus magníficos ojos azules hay una expresión extraña, y su mirada vaga errante por el espacio.

Llega á la orilla del Rhin y se fija con tristeza en las limpias aguas, contemplándolas como en nuestra mente contemplamos las dichas que han pasado para no volver más.

—¿Quièn eres tú muger que tal impresiòn nos causas?

—Yo no soy..... fuí.

—Eres acaso, un espíritu en forma humana? Inmaterial es tu be-

lleza, suave tu voz como el sonido de un arpa; y tristes tus ojos cual los de una tortola solitaria.

—No soy espíritu, mi espíritu no está en el mundo; por eso dije que ya no existo, mi cuerpo vive, mi alma astá al lado de mi amado en las regiones del infinito.

—¿Qué misterio hay en tu vida?

—Ninguno Oye, ¿conociste á Franz? Franz era alto como la encina, fuerte como el roble y altivo como el aguila; de sus negros ojos se escapaban ora dulces y amorosas miradas ora acerados reflejos; era el jóven más apuesto; el mejor cantor y el más valiente guerrero.... ¡Como amaba a Edith, la rubia vírgen del Norte! Juntos se les veía en el bosque, juntos en el rio, juntos al lado del fuego en las heladas noches del invierno; en los bailes y fiestas populares eran la envidia de los mozos y mozas del contorno. ¡Que felices eran!..... ¡Felices!..... ¿Esiste acaso la felicidad? ¿Quien la encuenta? ¡Para cada sonrisa de placer cuantas lágrimas de desesperación! Cada minuto que pasa se lleva una ilusión, cada gérmen de dicha va mezclado, con la semilla de la desgracia... Franz partió hacía allí..... hacia donde sale el sol.... Edith lloraba, Franz juró volver y Edith lo esperaba..... Todos los dias peinaba sus cabellos, se ponia sus collares, se coronaba de flores y salía á su encuentro..... pero Franz no venía..... Un dia vió venir un ginete..... era Muller, el amigo de Franz..... y le dijo que Franz no volveria..... habia olvidado á la pálida y rubia Edith por una morena hija del Sur..... ¡y no volvería.....!

Edith ha muerto, su cuerpo vaga por estos lugares; su alma fué á unirse con la de Franz.....

—Pero si Franz no ha muerto, si la abandonó.

—¿Quien dice eso? Eso es infame..... Franz ha muerto. De no ser así estaría al lado de Edith. El la amaba y cuando se ama no se olvida..... ¡Se creén consolarme diciendo que vive! ¡No sabeis lo que es amar! Quiero mejor que esté muerto; así mi alma está con la suya, asi puedo regar con mis lagrimas las flores de su tumba..... se muere amando; pero cuando se abandona es que ya no se ama..... Las almas que se aman se unen en la otra vida, las que olvidan se pierden para siempre..... ¿Decis que estoy loca?..... Los locos sois vosotros que no conoceis el amor; yo desprecio esa razon que os muestra la triste realidad de la vida..... La dicha está en las ilusiones..... si para tenerlas es preciso estar locos..... la dicha está en la locura.

EL REPATRIADO. (1)

El dia 20 de Febrero del año 18.... lució tristemente para los habitantes de la pequeña ciudad de X.... El sol brillaba con todo su explendor, las aves lanzaban desde el verde ramaje de los árboles sus más melodiosos trinos, y los campos ostentaban su brillante manto de esmeralda, tachonado de preciosas florecillas entre las que dominaba el color rojo de las amapolas y el dorado de las margaritas, que formaban al convinarse, los hermosos colores de sangre y oro que luce nuestra bandera y han sido ostentados con orgullo ante la faz del mundo por las manos de cien héroes, en multitud de gloriosos combates y que solo ahora han podido verse vencidos, no humillados.

Era el dia de la partida de los voluntarios, de los que dejaban sus tranquilos hogares y el dulce calor de la familia para ir á combatir en lejanas tierras por el honor y la integridad de la amadá pátria.

Por eso la alegría de la naturaleza no hallaba eco en los moradores de X.... y todos los semblantes se veian tristes, todos los ojos estaban llorosos, siendo imposible que el placer pudiera conmover el alma de las madres, las esposas y las amantes que veian separarse de sus brazos los seres queridos que iban á exponer su vida en los azares de la guerra, los peligros de la larga navegación y las influencias perniciosas del mortífero clima de la Gran Antilla.

Únicamente los voluntarios esperaban con semblante tranquilo la hora de la marcha, ansiosos de derramar su sangre por defender su gloriosa bandera y sintiendo arder en su pecho la llama del entusiasmo pátrio, que inmortalizó a los hijos de Sagunto y Numancia; por más que el pesar oprimiese su pecho al abandonar sus familias, sus amigos, sus afecciones y aquellos encantadores lugares en que se

(1) Este artículo se publicó en «La Provincia» de donde lo tomo «El Heraldo de la Cruz Roja» de Madrid.

habia deslizado su infancia y donde habian aprendido á amar, á rezar y á creer.

El momento de la partida es indescriptible, todas las madres, hermanas, novias, esposas y amigos se acercaron ansiosamente anegadas en lagrimas á estrechar una vez más, que ¡quizás sería la última! á los seres queridos que iban á abandonarlos.

Los gritos, los ayes, las lágrimas, los encargos y las palabras cariñosas é incoherentes se mezclaban y se confundían con los vitores de entusiasmo del pueblo, que aclamaba á los valientes que voluntariamente iban á dar su vida por España, y los acordes de la música que los despedia entonando himnos patrioticos que enardecian su valor.

Entre los numerósos grupos que se formaban llamaba la atención uno que rodeaba á un apuesto jóven, alto, moreno, de ardientes ojos negros y facciones enérgicas y varoniles, al que una anciana de blancos cabellos abrazaba repetidamente sin acertar á separarse de él, y le decía con voz entrecortada por los sollozos, mientras colocaba en su pecho el bendito escapulario de la Santa Vírgen del Carmelo.

—Madre mía, ampara á mi Enrique, al hijo de mis entrañas y libralo de todo peligro.

El jóven la besaba con cariño haciendo esfuerzos por ocultar su emoción, mientras sus ojos buscaban apasionadamente los de su prometida que cerca de ellos lloraba con desconsuelo

El sonido de la campanilla que anunciaba la marcha del tren puso fin á estas desgarradoras escenas y Enrique y los demás voluntarios se apartaron de los brazos que los aprisionaban, yendo á ocupar su sitio en los vagones, desde cuyas ventanillas contestaban con efusión á las últimas despedidas de sus amigos y familias, y al entusiasta grito de ¡Viva España! que brotaba de todos los corazones, mientras el tren emprendia su magestuosa marcha, lanzando un negro penacho de humo que poco á poco iba elevándose por el aire para no tardar en desvanecerse y perderse para siempre, á semejanza de todas las glorias humanas. . . . . .

. . . . . .

Cerca de tres años han trascurrido desde las anteriores escenas. La prensa hacia llegar á todas partes las noticias de las desgracias que sobre nuestras tropas pesaban, todos los hogares estaban cubiertos de luto por la pérdida de los que allende lo mares daban su vida por España, no vencidos en un combate leal, sino sacrificados por traidoras emboscadas sin poder combatir las nocivas influencias del clima y sin poder sofocar la rebelión que alentaba una Nación que al alzarse contra España se asemejaba á Neron abriendo las entrañas de Agripina ó á la víbora de la fábula que mordió el pecho del que le había dado la vida.

Entre tanto el pueblo español, el descendiente de Pelayo, Rami-

ro, Rodrigo Diaz, Gonzalo de Córdoba y tantos héroes como ilustran con su nombre los preclaros fastos de nuestra gloriosa historia, veía con indiferencia nuestras derrotas y la paz qne coronó nuestras desgracias.

Los vapores de la Compañia Trasalántica fueron los encargados de traer otra vez á la Peninsula á los soldados que venian extenuados y moribundos, y muchos de los cuales sucumbian durante la larga travesia.

Cualquiera que hubiese contemplado en el tren de Santander á X.... á nuestro conocido Enrique, le hubiese costado trabajo reconocer al apuesto mancebo que vimos en la estación en aquel hombre enflaquecido, demacrado y que parecía un anciano á no ser por el fulgor que iluminaba sus hermosos ojos negros, rodeados de un círculo azulado.

La llegada del tren al anden fué la primera decepción que les aguardaba, la mas completa soledad reinaba en él, ni amigos, ni familia habian ido á recibirlos, solo los miembros de la benéfica asociación de la Cruz Roja los esperaban solícitos para prestarles los auxilios y los consuelos de la Caridad, que con tanto heroismo han prodigado á las tropas, lo mismo en el campo de batalla que en los Sanatorios y Hospitales, probando que son dignos de ostentar en su pecho la gloriosa insignia de los cristianos, que el Martir del Calvario enrojecio con su bendita sangre.

Enrique no quiso aceptar auxilio alguno, la alegria de hallarse tan cerca de los seres que amaba, le daba fuerzas, recordaba su pequeña casita, su limpio lecho, las caricias de su madre, el amor de su prometida que le jurara eterna felicidad, y con el corazón henchido de esperanza apresuraba el paso, ansiando reunirse pronto á ellas.

A medida que se acercaba al pueblo su corazón latia violentamente, aquellas risueñas huertas, aquellas altas montañas, aquellas blancas casitas testigos de su niñez y de sus ilusiones, conmovian su alma llenandola de una vaga y dulce melancolía.

Al fin divisó su casa, la ventana donde su madre lo esperaba por las tardes, el banco donde estudiaba sus lecciones de niño bajo el emparrado, el estanque en cuyas orillas descansaba del paseo, al lado de su amada..... Todo, todo, estaba como él lo dejó, pero su madre no salía á recibirlo, su prometida no lo esperaba y las personas que pasaban por su lado lo miraban con extrañeza.

Un vago terror se iba apoderando del alma del jóven, y cuando al fin pisó el umbral de aquella pequeña casita cuyo recuerdo lo habia alentado en los combates, la voz se anudó en su garganta al verla ocupada por personas extrañas por las que supo, lleno de desesperación, que su madre habia bajado á la tumba sin que él hubiese tenido el consuelo de cerrar sus ojos, recibir su último aliento y depositar un cariñoso beso sobre su yerta frente.

Este golpe que destrozó su corazón, hizo acudir las lágrimas

á sus ojos y el valiente jóven prorrumpio en amargos sollozos

En medio de su dolor un consuelo llegaba á su alma; su prometida.

Solo ella le quedaba, él no habia pensado ni un momento en que hubiese podido dejar de amarlo á pesar del tiempo transcurrido, él no comprendia que hubiese podido olvidar sus paseos solitarios, sus entrevistas, los breves momentos pasados á hurtadillas en la reja y las protestas y juramentos que le prodigara el dia de su partida.

Apenas pudo recobrar el uso de la palabra su nombre fué el primero que acudió á sus labios y le pareciò que una hoja de acero penetraba en su alma, y que su cerebro calenturiento sentía escaparsele la razón, al oir de boca de los que le rodeaban la noticia de su casamiento.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, se llevó las manos al pecho, vaciló un momento y cayó, como caé la robusta encina sobre la que descarga una chispa eléctrica.

Los moradores de su antigua casa se apresuraron á socorrerlo y en una improvisada camilla lo condujeron al Sanatorio de La Cruz Roja, donde le prodigaron los auxilios necesarios.

. . . . . .

. . . . . .

Ocho dias despues, salía del Sanatorio un modesto cortejo que conducía al cementerio el cadáver de Enrique uno de tantos héroes anónimos que olvidados y obscurecidos han dado su sangre, su felicidad y su existencia por el honor de España.

¡Dichosos ellos que al sacrificar su vida en aras de su amor pátrio pueden hacerse un sudario de nuestra gloriosa bandera y recibir las bendiciones de la posteridad!

¡Desgraciados los que aparezcan ante la luz de la Historia cubiertos por las sombras que ennegrecen las figuras de Perpenna, D. Opas y D. Julian!

UNA VENGANZA.

(HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.)

La venganza es como una luz que se apaga; solo deja en pos de si un olor insoportable.

Se como el sándalo que perfuma al hacha que lo hiere.

Cerca de tres leguas de Barcelona existe un bello lugarcito compuesto de seis ú ocho casas de aspecto sencillo, y otras tantas chozas en que viven una docena de familias dedicadas al pastoreo. Este lugar medio oculto en un repliégue de la sierra, está coronado por un castillo que se eleva como un centinela velando por sus moradores.

Situado en la cumbre de un pequeño cerro, con sus paredes ennegrecidas por el tiempo y sus altas torres, parece la fantasma de un gigante de granito en cuyos muros hubiese el tiempo escrito una página de la Historia.

Mil veces habia yo contemplado el castillo desde lejos con deseos de llegar á él, hasta que al fin una tarde me decidí á hacerlo, y subí la colina, atravesé el derruido puente levadizo y el cegado foso en el que crecian las zarzas, jaramagos y otras plantas silvestres, y penetré en su recinto, espantando con mi presencia los reptiles que lo poblaban y los gorriones y cornejas que en sus enhiestas torres construyeran sus nidos.

Subí una ruinosa escalera y me encontré en la plataforma, á cuyo pié yacian los mohosos cañones que en otro tiempo sirvieran para defender aquella gigante fortaleza.

El panorama que desde allí se divisaba no podia ser mas encantador. Empezaba á declinar la tarde. Era esa hora del crepúsculo en

que se oye el canto de los pastores, el balar de los rebaños al volver al redil, y esos mil ruidos vagos, indefinidos y armoniosos que pueblan el aire y parecen las últimas notas del gran himno con que la naturaleza acompaña en su viage al padre del dia, para que este lo lleve al pié del trono del Creador, y entre tanto la luz se va extinguiendo y los objetos aparecen á nuestra vista con contornos fantásticos y caprichosos.

Una dulce melancolía embargó mi ánimo. Poco á poco los objetos fuerón velándose á mi vista y mi mente empezó á crear seres que poblaban aquellas abandonadas estancias, creyendo en mi alucinacion ver discurrir por sus galerías á los antiguos guerreros, sentir el ruido de las armas, el piafar de los fogosos corceles, el ladrido de lós sabuesos y contemplar en los salones llenos de tapices y colgaduras las figuras de las castellanas que sentadas en sus blasonados sillones oian las enamoradas y dulces endechas que pajes y trovadores les cantaban al son de sus laudes . . . . . .

El frio de la noche y una menuda lluvia que empezó á desprenderse del seno de las nubes me despertaron de mi éxtasis, y volví á la pobre cabaña donde habitaba durante mi estancia en el lugar.

Cuando llegué la familia estaba reunida en torno del hogar.

—Mucho ha tardado V. hoy en el paseo, me dijo la dueña de la casa, fuerte y robusta muchacha que mecia en sus brazos un niño de pocos meses.

—Vengo del castillo, le contesté, una hermosa fábrica; es lástima el estado de abandono en que se encuentra.

—Se descubren unas vistas muy hermosas desde allí, dijo su marido, pero ya hace siglos se encuentra abandonado. Segun dicen, desde la catástrofe ocurrida á los últimos castellanos.

—¿Qué sucedió? pregunté con interes creyendo descubrir algo interesante.

—Yo no lo sé explicar bien, contestó el jóven, pero el señor Blas que sabe leer y tiene un pico de oro, os lo contará.

El señor Blás era un anciano pastor de cara sonrosada y blancos cabellos; estaba ocupado en hacer una pleita de esparto destinada á servir de rollo en la quesera; dejó la labor y dijo.

—Vamos á comer, hijos mios, y después contaremos lo que respecto al castillo del monte se dice.

La aldeana dejó al niño sobre unas pieles que extendió en el suelo, puso la mesa en medio de la estancia, la cubrió con un blanco mantel, volcó el contenido de la olla que cocia en el hogar en una fuente de loza, y fué repartiendo las cucharas.

El señor Blás bendijo la comida, partió el pan y toda la familia se agrupó en torno de la mesa.

Cuando hubieron terminado su modesta cena dieron devotamente gracias á Dios, y el Sr. Blás sacó la petaca, lió un cigarro y la pasó á su hijo que á su vez la dió á los pastores, y cogiendo sus labo-

res de esparto y palma se acercaron al fuego prestando atención á la narración del Sr. Blas, la cual trascribimos.

* * *

Era una noche del mes de Enero del año 1058. Ramon Berenguer el Grande ceñía la corona condal de Cataluña que llegaba con él al zenit de su grandeza, olvidando las luchas y fratricidios que acababa de presenciar.

Todo el territorio del condado estaba lleno de castillos suntuosos en los que vivia la nobleza, y entre ellos descollaba por su magnificencia el de los señores de Santarell, en el cual alternaban en continuas fiestas, cacerias y torneos, y al que acudian de todas partes caballeros y trovadores, deseosos unos de conquistar laureles ante la bella Aldonza, hija única del Castellano, y los otros de conquistar el prémio en los consistorios del *gay saber* en los cuales luchaban la literatura catalana y la provenzal que empezaba á ejercer su influencia y tenia en Cataluña más aceptación que en las otras regiones de la Península, por la semejanza de sus lenguas derivadas de la *Oc*.

La noche que empieza nuestra historia, era fría y tempestuosa, el viento soplaba con furia abatiendo las heniestas copas de los árboles y silvando de un modo lúgubre en las almenas del castillo.

En el interior de este, todo era alegría y animación; la torre del homenage aparecia brillantemente iluminada, destacándose como un foco en medio de las tinieblas.

Penetremos nosotros en su interior y detengamosnos en un elegante tocador en el que veremos una hermosa jóven vistiéndose con marcada tristeza y desaliento un rico trage de brocado blanco, ayudada por una anciana dueña.

—Tengo miedo, Berta, dijo la jóven, me parece que la maldición de Dios vá á caer sobre mí, que cometo un perjurio y que Alvar vá á salir de su tumba para pedirme cuenta de mis juramentos.

—No seas niña, Aldonza, si Alvar viviera, yo, que soy tu nodriza, tu segunda madre, me opondría á tu matrimonio con Manfredo; pero Alvar ha muerto. ¿Vas á sacrificar á su recuerdo tu brillante juventud y las esperanzas de tu anciano padre? ¿Vas á renunciar al honor que los condes te dispensan siendo tus padrinos de boda? Bastante es que hasta ahora hayas adoptado el color negro, y los más galanes caballeros no hayan podido conseguir una sonrisa de tus labios.

—Será verdad, más no se que presentimiento me embarga el ánimo, quizás lo desapacible del tiempo, quizás el ruido del vendabal y el agua que azota los cristales..... no se.....

—Pues ya estas vestida, vamos al salon, allí se disiparán tus temores al lado de tu prometido y los acordes de la música apagarán la voz del huracan.

Y Berta y Aldonza se dirigieron hacia el salón principal ocupado

por multitud de damas y caballeros en trage de corte. En un extremo se alzaba un estrado donde bajo un dosel con las armas de Cataluña estaban sentados Ramon Berenguer III y su esposa Doña Dulce de Provenza, acompañados del señor del castillo y del prometido de su hija.

Aldonza se dirigió al estrado sintiendo alzarse á su paso un murmullo de admiración por su belleza, besó la mano de los Condes y de su padre y tomando el brazo de su prometido se dirigieron á la capilla, donde entre luces y flores se destacaba la figura de Jesús crucificado, á cuyos pies recibieron la bendición del sacerdote.

* *

Son las doce de la noche: todo es ruido y algazara en el comedor del castillo iluminado con esplendidez. Alrededor de la mesa, artísticamente adornada con vagilla de plata, se agrupan los convidados á las bodas, ocupan la cabecera el Conde de Cataluña y su esposa, teniendo á su derecha á la bella Aldonza, que ha conseguido olvidar su melancolía á juzgar por la sonrisa que vaga en sus labios y las amorosas miradas que á su esposo dirije.

De pronto se oye la señal del vigia avisando que álguien se acerca al castillo, se sienten sonar las cadenas, caer el rastrillo y en medio de la atención con que todos esperan la llegada del huésped á tal hora venido, aparece en el dintel de la puerta la figura de un anciano peregrino con la negra capa cubierta de conchas, el morral á la espalda y el báculo en la mano.

—La paz de Dios sea en esta santa casa, dice con voz fuerte y varonil que contrasta con su aspecto decrépito. Nobles señores ¿Teneis un pedazo de pan y un rincón en vuestro establo para el pobre peregrino que viene de cumplir un voto en Jerusalem y camina hacia Castilla.

—Tomad asiento hermano, contestó el Castellano, comed los mejores manjares, mis criados os pondrán cómodo lecho y podreis contar en vuestra pátria como los nobles catalanes honran á sus huéspedes, sentándolos á la mesa con sus Condes en el festin de bodas de sus hijos.

El anciano se llevó la mano al sombrero, doblo la rodilla ante los Condes y aceptó el puesto que le designaban cerca de los nuevos esposos.

Los trovadores volvieron á pulsar sus vihuelas y la alegria y las conversaciones, un momento interumpidas siguieron su curso.

—Nobles damas y caballeros, dijo el peregrino poniéndose de pié, me permitís os cuente una historia, que esta boda evoca en mi memoria á fin de que guardeis en vuestra mente un recuerdo del pobre romero.

—Contadla, contadla, dijo la Condesa, encuentro en ello singular placer.

—Pues oid. Hace de esto muchos, muchísimos años, dos reyes ocupaban el trono de mi pais; uno de ellos tenia un hijo natural, fruto de su amor á una villana que dió su vida al ver la luz el infante; y el Rey lo había puesto bajo el amparo de un noble, que lo educaba como si fuese su hijo.

Cerca del castillo que habitaban existía otra mansión señorial, ocupada por un anciano noble en compañia de una niña de extraordinaria hermosura, hija suya.

Los dos nobles eran amigos se veian con frecuencia y los niños compartian sus inocentes juegos.

El tiempo pasó, los niños se convirtieron en adolescentes y un amor grande y poderoso se despertó en el jóven á quien llamaremos... Guillen..... hacia la compañera de su infancia que llamaremos.... María..... pero su amor era puro, purísimo, como la flor de la azucena, como el beso que deposita la madre en la frente de su hijo, como las nubes que festonan el cielo en una alborada de Mayo y como la luz que la luna nos envía desde las regiones del éter. Maria correspondió á su amor, ni uno ni otro se declararon su pasión, ella sola se manifestó á un tiempo en los dos; nació en sus corazones, pasó á sus ojos y á sus labios; y sin saber como, se pronunció la palabra *amor*.

Su vida era un paraiso, una corriente de soñada felicidad, un Eden. El céfiro, el estanque, las flores, las estrellas; todo la que les rodeaba formaba para ellos un ramillete de dicha que el jóven depositaba lleno de entusiasmo á los pies de Maria.

¿Verdad, nobles jóvenes, que así comprendeis el amor?

¿Verdad, bellas damas, que así habeis amado? El amor es siempre el mismo, no envejece ni cambia. ¡Porqué la política maldita y las ambiciones han de turbar la dicha del amor!

El padre de Guillen cometió una grave falta y para espiarla dejó su trono y se fué á combatir con los Moros.

—Anciano, interrumpió el Conde, vuestra historia parece una alusión á la de mi familia, mi padre y mi tio ocupaban el sòlio de Cataluña, mi tio mató á mi padre y en expiación dejó el reino y ha muerto peleando en la primera cruzada.

—Casualidad pura, señor, desconozco la histora de Cataluña; pero si molesto suspendo la narración.

—Seguid, dijo Doña Dulce, es solo una coincidencia y me interesa sobre manera la suerte de los amantes.

—Prestadme atención señores, continuó el peregrino.

Este suceso dió lugar á que el que creia su padre revelara à Guillen el secreto de su nacimiento y la noble sangre que corría por sus venas, haciéndole presente su deber de consolar en la desgracia al que le diera el ser y acompañarlo en su destierro.

El corazón del jóven se desgarraba al pensar en separarse de Maria; pero él confiaba en volver pronto á su lado y ni una vez le ocurrio pensar que ella le olvidara.

La noche de partida se juraron eterno amor..... ¿Para que cansaros con detalles?..... Guillén partió, su padre lo llevó á su lado y en el batalla que el desgraciado perdió la vida, Guillén quedó mortalmente herido

—¿No murió, preguntó con ansiedad Aldonza?

—No, tranquilizaos, señora, estais pálida y siento conmoveros demasiado con mi narración porque ¿En donde podrá encontrar más eco el sentimiento que en ese corazón que hoy se abre á la dicha con el amor de vuestro esposo?..... Guillén no murió, quedó prisionero y trabajó sin descanso por volver al lado de su amada, seis años de ímprobos trabajos le costó conseguir su rescate, cruzó á pié largos desiertos, arenas abrasadas, humedos pantanos; vadeó rios, subió montes..... y al fin llegó á su patría.

¡Qué dicha mas grande llenó su espíritu cuando las brisas de su pais orearon su frente!

¡Con que satisfación aspiró el aire que su amada respiraba, creyendo encontrar en él algo de los perfumes que se exhalaban de su aliento!

Para hacer mayor su dicha imaginó sorprenderla, cambio su traje por otro, se desfiguró el rostro y se dirigió á la morada de Maria.

Antes de llegar sintio sed, se dirigió á una choza y pidió agua; su impaciencia por saber de su amada era inmensa, preguntó..... y..... supo..... que..... ¡se casaba con un apuesto mancebo de la córte!

Al saberlo lanzó un gémido de horror, las lágrimas brotaron á torrentes de sus ojos y se arrojó al suelo mesándose los cabellos con desesperación

Si, continuó con voz conmovida, lloraba como un niño el jóven valiente que no habia temblado ante la muerte y ante los tormentos y fatigas físicas y que no tenía fuerzas para soportar la pérdida de su amada ..... su ingratitud, su abandono.... . su traición ....

Durante un mes vagó Guillén por los bosques como un loco, mil ideas bullian en su cabeza, el recuerdo de las pasadas dichas, de aquella pasión que él creía eterna, de aquellos sagrados juramentos violados por la que libremente los pronunciara, hacian crugir las fibras de su corazón á impulso de mil encontrados sentimientos.

Los célos, el amor, el ódio, el perdon y la venganza, luchaban dentro de su alma; todo revuelto, todo confundido, todo en un caos terrible, en el que parecia que la razón se escapaba y las negras sombras de la locura envolvian su imaginación.

El peregrino se detuvo un momento fatigado y continuo:

¿Comprendeis señores lo que es abrigar un amor dentro del corazón, ignorado y desconocido de todos, reconcentrado en si mismo, viviendo de su propia esencia con ánsia de compartirlo con el ser que adoramos y a cuya imágen levantamos en el corazón un altar, soñar con dichas sin fin y ver de pronto la traición..... el engaño. Ver caer el ídolo de su pedestal, rodar hecho pedazos por el fango

y tener que ocultar el llanto, mostrar la risa en los lábios mientras el corazón rebosa hiel y mana sangre.....? ¿Lo sabeis? Pues comprended el dolor de Guillén. ¡Cuanto más le valdría haber muerto!

En esta lucha horrible triunfó su buen natural y la adoración que profesaba á Maria, penso ir al castillo, mostradle los delirios de pasión que su alma le guardaba y que recordando sus juramentos le volviera la dicha.

—Si no lo cosigo, pensaba él, me resignaré, no es culpa de ella que su corazón abrigue otro amor, es condición humana la inconstancia, el mundo está lleno de vicios y flaquezas, yo sublimé demasiado mis sentimientos y el resultado es lógico..... Le diré que sea feliz, que eduque á sus hijos, ame á su esposo y no me recuerde con amargura ni remordimiento; yo buscaré el consuelo en la religión y guardaré su recuerdo en mi corazón; pues en medio de todos mis dolores no quiero dejar de amarla ..... ¿Como viviría yo si no la amara?

Así pensaba Guillén ¡infeliz! ¡Quería tener dominio sobre las pasiones! .....

Era una noche semejante á esta ..... llegó al castillo, era la noche de la boda de Maria.. .. ¿A qué describirla? Era una boda como esta, ya lo dije, por eso ha acudido á mi memoria esta historia de mi pais.

Guillén penetró en el castillo. ¡Cuantos recuerdos de felicidad acudian á él, cuantas emociones que no se pueden explicar! Atravesó aquellas estancias tan conocidas creyendo que Maria saldria á recibirlo como en otro tiempo..... pero Maria no pensaba en él..... Vió el oratorio lleno de luces y flores; y el Cristo á cuyos pies habia aquella vírgen adorada pronunciado un juramento no más solemne que el que teniendo por capilla la bóveda celeste, pronunciara el dia de su partida.

En las gradas de aquel altar se había cometido un perjurio; se había jurado amor á un hombre habiendo dado su fé à otro.....

La desesperación de Guillén era inmensa..... Llegó á la sala del festin..... allí estaba ella..... ¡Qué hermosa!.....

No lo conocio..... un latido de su corazón no le aviso su presencia .... no recordaba ya que la noche anterior á su marcha le dijo llorando:—*Seré tuya ó de la tumba, y antes de ser de otro hombre consentiré que una daga me parta el corazón, te lo juro por el Dios que nos escucha.. .....*

—Basta, Albar, piedad, gimió Aldonza levantándose de la silla y dirigiéndose al peregrino, ¡perdon!... .. te creia muerto..... y te amo..... te amo mas que nunca..... no lo dudes.....

—Pues que se cumpla tu juramento, exclamó el peregrino, arrojando lejos de sí la barba y la peluca, que yo no te vea de otro

—Si que se cumpla, hiere, contestó ella presentandole su pecho.

—¡Muere! dijo él frenético, y sacando la daga de entre sus vestidos la undió hasta el pomo en el corazón de la novia, antes que los

invitados pudiesen darse cuenta de la escena que presenciaban y reponerse de la sospresa.

Aldonza callò sobre el sillón sin dar un grito, sin proferir un gemido todos se precipitaron á ella y el fingido preregrino se dirigió al Conde y le dijo:

—Soy Alvar Ramòn, hijo de Berenguer Ramon, vengad en mi la muerte de vuestro padre.

—¡Huye desgraciado! yo no quiero la venganza, me complace el perdon, contestó el Conde.

—¡Yo no he podido perdonar!..... ¡La he matado!...., He matado á Aldonza, exclamo el jóven delirante. ¿Como vivo no existiendo ella? y abriendo una ventana se precipitó por ella, oyéndose el ruido de su cuerpo al chocar contra los pilares del puente.

* * *

Los Condes y los convidados abandonaron el castillo llenos de sentimiento, llevándose al infeliz esposo de la jóven Aldonza.

El Señor de Santarell sobrevivio poco tiempo á su hija y el castillo quedo abandonado desde entonces y poco á poco se fué desmoronando hasta llegar al estado en que hoy se encuentra.

—Si, pensé yo cuando el Señor Blas terminó su narración, en Naciones, Ciudades, Castillos y personas se observa el mismo fenómeno, crecen, llegan á su apogeo, decaen y mueren; esta es una ley universal..... solo los sentimientos del alma no acaban nunca y son inmortales como ella.

EL PAJARILLO.

(BALADA.)

Feliz el ave ignorada
que al espacio tiende el vuelo,
sin leyes que á su albedrío
pongan tiránicos frenos.

(J. de Burgos Tamarit.)

¿Lo veis allí en su preciosa jaula, entonando sus armoniosos trinos y revoloteando de uno á otro lado en su dorada carcel?

¡Pobre y triste avecilla! Ya no desplegará sus brillantes alas para gozar las suaves brisas de los campos; ya no volará alegremente por la floresta; ya no se posará en el frondoso ramaje de los árboles, ni sentirá el aura de la bendita libertad acariciar su pequeña cabecita; no tendrá una compañera, no tendrá nido, no velará por sus pollluelos.

¡Pobre y triste avecilla! ¿Qué es para tí la vida? ¿De qué te sirven tus alas, de qué tu belleza, si el egoismo del hombre te priva de lo más santo, de lo más grande, de la libertad?

No es tu cautiverio el que forma el cariño, no; tu dueña no te quiere: eres para ella un objeto de lujo, le agradas por tu vistoso plumage, por tu armonioso canto, y te cuida..... pero no te ama.

¡Y tú cantas! Tú cantas como canta el prisionero cuando piensa que la muerte puede darle la libertad y el descanso de su sufrimientos.

Tu canto es un misterioso lamento con el que llamas á tu compañera que no puede acudir á tu voz. Tu canto es el gemido del que no puede construir el nido de sus amores. Si se comprendiera tu lenguaje tu canto haría llorar.

* * *

Vedla como queda inmovil y silenciosa, como tiende su mirada por el piélago inmenso del espacio buscando otro sol, otros horizontes donde pueda volar en busca de su adorada compañera.

Vedla como contempla la belleza de la creación; como contempla ese mar, ese cielo, esos bosques y esas flores que Dios crió para todos, y de las cuales la privan sus inhumanos carceleros.

Mas ¿por qué tiembla la inocente avecilla? ¿Porqué se agita su cuerpecito y se eríza su fino é irisado plumage?

Es que allá, en el bosque, siente el arrullo de las aves que libres y felices cantan sus amores y sus dichas, y ella se estremece, ella entona sus más melodiosos trinos que han de quedar sin respuesta, ella tambien arrulla; pero en vano: su voz no levanta eco, ni otra voz amante contesta á sus gorgéos.

Mas no es posible que la voz del dolor, la voz del sentimiento deje de levantar eco en las otras avecillas; su ternura despierta la ternura y otro pajarillo revoloteando al rededor de la dorada jaula contesta con pasión á los lamentos del prisionero.

Sus trinos se confunden, sus notas se mezclan, sus corazoncitos quieren unirse para formar su nido y dar vida con su amor y sus cuidados á los tiernos polluelos que alimentarán con su pico.

* *

De pronto suena el ruido del balcon: es la dueña que viene á recoger el pajarillo, su compañera asustada huye á esconderse entre el espeso ramaje de los árboles.

El prisionero quiere seguirla, su garganta exhala una agudísima nota, sus alas se estienden, hace un esfuerzo supremo y cae sobre la dura tabla de su prisión.

Al convencerse de su desgracia, al ver su impotencia, al no poder correr en pos de la dicha, el pajarillo ha muerto.

¡Pobre y triste avecilla! Su cuerpecito es arrojado á la calle, para colocar otro en su jaula, no queda de ella un recuerdo, ni al lado de su cadáver revoloteará piando tristemente su adorada compañera.

¡Qué sabe el que es dichoso y libre, como aman y como sufren los cautivos y los desgraciados!

CANTARES.

Como tengo que ocultar
Estos tormentos que siento
¡Cuanta alegría ante el mundo!
¡Cuantas lágrimas por dentro!

Darte en mi delirio quiero
Los tormentos del infierno
Y la dicha de los cielos.

Como á la sierpe las flores
Y como el arroyo al fango,
Igual mis dolores cubren
Las sonrisas de mis lábios.

Juramentos que me hacias
En otros dias más dichosos,
Quisiera volverme loca
Por borrarlos de mis ojos.

¡Como has podido ocultar
lo podrido de tu alma,
con máscara de bondad!

Yo llevo en el alma luto
Porque entre llanto y dolor,
Quisiera borrar tu imagen
Que tengo en el corazón.

No existe amor en el mundo
Como el maternal amor,

¡Que sublime! el sentimiento
De la madre del Creador.

Lágrimas que de mis ojos
Al recuerdo tuyo brotan,
Son como gotas de plomo
Conque mi vida se agota.

Donde principia el desprecio
Es donde el amor termina
Y acaban los sufrimientos.

En medio de mi amargura
Solo pido à Dios de tí,
Que todo lo que he sufrido
Lo tengas tú que sufrir.

Te hé querido maldecir
Pero la sombra de un ángel
Ha intercedido por tí.

Mi venganza contra tí
Es un puñal de dos filos,
Y mi consuelo consite
En que yo sufro contigo.

Al que quiere y aborrece
A lo mismo que ha querido,
Se puede compadecer
Por lo mucho que ha sufrido.

Amar es gloria ó infierno
Es tormento ó paraiso,
Si se ama á un alma noble
O se quiere á un ser indigno.

Mira que has hecho de mi,
Consiento perderlo todo
Para vengarme de tí.

Tu cariño fué una vibora
Que yo alimenté en mi seno,
Y para colmo de males
Quiero arrancarla y no puedo.

Yo bendigo el desengaño
Que me obligó à conocerte,
Y es mi desprecio tan grande
Que no puedo aborrecerte.

Descanso de mis dolores
Tan solo la tumba tiene,
Pero la mano de un àngel
En el mundo me retiene.

Diras que ambiciono mucho
Mas todo lo que yo anhelo,
Es dormirme entre tus brazos
Y despertarme en el cielo.

LAS ALMAS HERMANAS.

Hace algunos años llamaban la atención en la poética ciudad de los Cármenes, dos preciosas jóvenes de 18 á 20 años, ambas hermosas como el sueño de un poeta, que se veian siempre unidas en todas partes.

Al ver el cariño conque se hablaban y las muestras de afecto que continuamente se prodigaban, cualquiera las hubiera tomado por hermanas à no ser por lo distinto de sus tipos.

María, así se llamaba la mas jóven, era rubia de nacarada tez y ojos tan azules como el purísimo cielo que se descubre entre el follage de los arboles de la Alhambra, y Dolores era morena, de grandes ojos negros, profundos y soñadores; recordando con su tipo una de las odaliscas que en otro tiempo habitaron el soberbio palacio de Alahamar.

Tan distintos como sus tipos eran sus caracteres; Maria era séria, reflexiva, y poco dada á las expansiones del corazón y Dolores de caracter franco, alegre y comunicativo.

Sin embargo de esto las dos jóvenes se amaban, no sabian prescindir la una de la otra y se las veia siempre con las manos enlazadas confiandose todos sus secretos y pensamientos; y es que sus almas apesar de las diferentes maneras de presentarse al esterior, eran iguales en el fondo, sentian al únisono, se comprendian y se amaban; y cuando dos almas se encuentran en el camino de la vida y estan dotadas de un mismo grado de sensibililidad, cuando sienten, piensan y quieren de un mismo modo; cuando uno mismo es su ideal, si llegan á comprenderse, se unen y su misión es eterna é indisoluble.

Si los cuerpos que les sirven de morada pertenecen á distinto sexo, entonces brota el amor, pero el amor verdadero, el que no tiene fin, el que llena de hechos heróicos las páginas de la Historia.

Si por el contrario pertececen á un mismo sexo, entonces brota

la amistad, bellísimo sentimiento que si es menos vehemente no es menos intensivo, y es más dulce, más poético más consolador.

A veces pasan á nuestro lado las almas hermanas de la nuestra, y la variedad de sus manifestaciones hace que no las comprendamos y que por falta de observación nos condenemos á pasar la vida sin la felicidad y el apoyo que encontrarían al unirse.

Otras veces padecemos la equivocación de adornar con las vestiduras que créa nuestra fantasía el tipo que nos parece más adecuado, y entonces el desengaño no tarda en llenarnos de desesperación y desconsuelo.

Maria y Dolores tenian la desgracia de ser demasiado soñadoras, todo lo que era grande, noble y bello las apasionaba y sublimaban los sentimientos de su corazón, de tal modo que no era posible que pudiesen realizarlos por ser demasiado espirituales para la misera condición humana.

Así es que el amor innato en el corazón de todas las vírgines, acariciaba el ideal de sus sueños sin encontrar el sér en quien se habia de personificar para darles la dicha que merecian.

Una multitud de adoradores rodeaba á las dos niñas sin que ninguno pudiera interesarlas, hasta que al fin uno consiguió fijar la atención de ambas. Era un apuesto jóven de 28 á 30 años, moreno de frente despejada ojos grandes y espresivos y facciones enérgicas y varoniles al par que simpáticas y dulces.

Rafael, que así se llamaba, sentía que su corazón fluctuaba entre las dos amigas, tan pronto le séducia el gracejo de Dolores, como le atraía la dulce sonrisa de Maria; sin embargo él se inclinaba más á esta última, cuyo caracter era una garantía de su formalidad, y cuya belleza le hablaba más al alma que á los sentidos; pero tímido como todo el que verdaderamente ama, Rafael no osaba acercarse á su amada y más bien pasaba el tiempo al lado de su amiguita á la que dejaba ver en sus ojos el fuego de la pasión que empezaba á formarse en su alma.

Por vez primera en su vida los dos amigos se guardaban un secreto sin darse cuenta de ello, de un modo instintivo, como si temieran profanar el amor que inundaba de luz sus almas por vez primera.

Mas entre ellas no podia ser muy duradero el silencio y una tarde que descansaban de su paseo en la poética rivera del cristalino Genil, en medio de un panorama que hace pensar en la poesía aun á los seres más prosaicos, viendo á un lado los hermosos paseos del Salón y la Bomba, sobre los que se destaca la subida á la Alhambra llena de blancas casitas rodeadas de flores; á otro lado la hermosa ciudad de Boabdil, en la orilla opuesta el Colegio de los Escolapios, la exhuberante vega, y allá, á lo lejos sirviendo de marco á este cuadro la gigantesta Sierra Nevada que ostenta en el histórico pico de Muley Hasem su corona de eternas nieves.

—Sabes María—dijo Dolores, cortando una rosa que habia al al cance de su mano—que he tenido dias de pena muy grandes y que he llegado á pensar que tendríamos que separarnos.

—¿Porque niña?—contestó Maria con sorpresa.

—Creí que Rafael te amaba.

—Y eso ¿que motivo era para que dejases de verme? ¿Crees que te iba yo á querer menos, celosilla?

—No, perdoname; pero amo tanto á Rafael que no hubiese tenido fuerzas para verlo de otra aun que me fuese tan querida como tú, y eso me desesperaba, tenía que renunciar á las dos cosas que más amo en el mundo, él y tú; pero ya estoy tranquila, hace muchas noches viene á mi lado, me mira con pasión y parece que su corazón quiere revelarme ún secreto que sus lábios no se atreven á pronunciar, ¿Pero, qué tienes? ¿Estas mala? ¿Es que te has ofendido conmigo?

—No, Dolores, no, no tengo nada, un ligero mareo de mirar la corriente del rio pero ya estoy bien.

—Pues mira tengo que darte la comisión de que lo animes para que se declare pronto, que yo lo oiga decir que me ama y que llegue el dia que pueda vivir á su lado, compartir sus dichas y sus pesares para no separarme nunca de él y de tí. ¿Lo haras?

—Si, Dolores mia, si—dijo la pobre niña con lágrimas en los ojos—yo hare lo que tu quieras, te lo juro; pero vamonos ahora, el frio me está haciendo daño.

—No te pongas mala por Dios, cuando estoy loca de felicidad al pensar que soy amada por Rafael como yo lo amo.

. . . . . .

. . . . . .

Dos años despues en una tarde de otoño fría y desapacible, volvemos á encontrar á las dos amigas en bien distinto situación.

María, la niña angelical, de dulce sonrisa y cabellos de oro, que tendida en un lecho golgado de azul, cerca de la ventana desde donde se descubre un cielo grís y nebuloso y el panorama que presenta la vega y las torres de la popular iglesia de las Angustias, en la que se venera la bendita patrona de la gentil Granada.

Sus padres, el médico, Rafael y Dolores que tiene una preciosa niña de un mes sobre sus rodillas, acompañan á la jóven, cuyo rostro colorea el fuego de la calentura y cuyos ojos, rodeados de un círculo azul brillan con el fulgor celestial que les comunica el alma que ya ha desatado todos los lazos que la unian á la materia, para volar á otro mundo mejor.

De pronto se incorpora la enferma y dirigiendose á ellos con voz débil y dulce sonrisa les dice.

—Dispensadme pero quisiera hablar un momento á solas con Dolores.

Todos se apresuraron á dejar la estancia silenciosamente y entonces cogiendo la mano de su amiga le dice:

—Dolores, mi vida toca á su fin y no quiero morir sin que sepas que te amo tanto que te la sacrifico, oyeme, la tarde que me confiaste tu amor á Rafael y solicitaste mi ayuda sentí por vez primera penetrar en mi pecho el aguijón de la enfermedad que me lleva al sepulcro; pero me juré sacrificarme por tu dicha..... Rafael creia amarme..... me hubiera amado..... pero yo rechacé su amor y le hice conocer el tuyo..... No te aflijas, no llores..... tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar..... quizas más..... porque á mi me faltó el valor para estar en tu boda y pretestando mi enfermedad me ausente por no ver tu dicha que me colmaba de alegría y me atormentaba al mismo tiempo ¿Comprendes esto? Así que todo estuvo consumado mi dolor fué terrible, habia perdido á la vez el amor y la amistad..... no podia odiar á la que me robaba el corazón de Rafael y sentía crugir dentro de mi cerebro el eco de las frases de amor que te prodigaba. .... y que yo ..... ¡yo misma! te había cedido.

Tus cartas en que me pintabas su cariño y tu dicha, eran puñales que me atravesaban el alma, hasta que viéndome sin fuerzas para sufrir estenuada y próxima á morir..... quise verlo otra vez..... y por eso vine á ser madrina de vuestra hija..... Perdóname, Dolores, y en cambio de mis sufrimientos concedemé un favor que voy á pedirte por que conozco tu alma..... No le reveles mi amor..... pero has..... que..... deposite..... una flor en mi tumba..... y un beso en mi frente..... cuando muera, y moriré feliz.

No sientas celos..... el te ama, se feliz ..... y has que no me olvide y me recuerde al nombrar á tu pequeña Maria.

—Maria, Maria de mi alma ¡Ay! si yo hubiese sabido tu martirio yo me hubiera sacrificado por tí, me vuelvo loca y estoy á punto de maldecir una dicha comprada con tu vida cuando daría mi sangre por ti.

—No te aflijas, tenía que suceder esto á una de las dos..... la suerte me ha designado á mi, cuando dos almas hermanas se unen es el cielo, la paz, la dicha, el paraiso en la tierra como lo has encontrado tú; y cuando un obstáculo insuperable se levanta entre ellas, cuando su unión es imposible; entonces la vida es un infierno, la materia se aniquila y la muerte es la libertadora que desatando á el alma de los lazos que la sugetan le permite ir á unirse con el ser querido, vagando á su alrededor y gozando el placer de confundirse con él de un modo ignorado.

. . . . . .

. . . . . .

Ocho dias despues se hubiera podido ver á Rafael y Dolores vestidos de luto, arrodillados sobre la tumba de Maria, cuya alma inun-

dada de placer oiría sus oraciones desde el pié del trono del Altísimo, esperando el momento en que fueran á reunirsele para confundirse con ellos en la patria de las almas que se aman y sufren en la tierra.

LA FLOR DEL VALLE.

(LEYENDA.)

En una hermosa provincia de España existe un precioso valle rodeado de altas montañas, con un cielo que ostenta el poético sol que da vida á la bella Andalucia y una fertil campiña llena de nogales, olivos y almendros que se destacan como copos de nieve entre el color esmeralda de los prados, rivalizando en blancura con las preciosas casitas, semejantes á una bandada de palomas.

Nada tan bello, tan poético y tan encantador como una tarde pasada en la espaciosa playa de R. contemplando las verdes ondas del Mediterraneo que con sus olas de plata besa la arena ó al chocar contra las peñas salta de rechazo en torbellinos de espuma.

Algunas tardes nos haciamos conducir, en la lancha de un anciano pescador, deteniéndonos en una de las mil islillas, que como lindas flores acuaticas, pueblan aquella parte de la costa.

Teniamos particular predilección por una de ellas en cuyo estremo se alza un enorme peñon estrecho en la base y muy ancho en el centro, desde donde empieza á adelgazar y termina en un cono inclinado.

En la parda cima del peñon crece el esparto, la palma, el romero y el tomillo; y anidan las gabiotas que constantemente dan vueltas á su alrededor.

Amarrabamos la pequeña embarcación á uno de los peñascos y pasabamos la tarde agradablemente entretenidos; ya cojiendo las sabrosas cañetas, los hermitaños, lapas y cangrejos que abundan en el suelo desigual y roquizo del islote, ya contemplando la inmensa sabana de agua que se extiende de Norte á Oeste, mientras al Sur limita el horizante, la agreste y escarpada costa, llena de una poesía salvaje, semejante á la que Victor Hugo nos pinta en «Los Trabajadores del

Mar,» ó ya conversando con el tio Pedro, el anciano marinero, hasta que la proximidad de la noche nos hacia regresar á nuestro hogar, abandonando siempre con pesar aquel tranquilo Edem adonde no llegaba el ruido de las pasiones y miserias de la vida social.

Siempre que nos acercabamos á la isla nos llamaba la atención los diferentes aspectos que presentaba á nuestra vista: primero, su silueta se destacaba del horizonte como la gigantesca vela de un navio y mas cerca tomaba la apariencia de una anciana con un gorro de colosales dimensiones.

En este aspecto la ilusión era completa, la nariz, los ojos, la boca, todo era perfecto en ella; y uno de los dias que la comtemplabamos el tio Pedro nos dijo:

—Veo que les llama á Vds. la atención el rostro de la *señora*, lo mismo sucede á todos los forasteros pero á la gente del pais que conoce su historia no les agrada verla, y yo no aceptaría un tesoro por estar solo con ella una noche sin luna.

—Adivino alguna tradición en sus palabras, tio Pedro, le dije, y le suplico que nos la cuente.

—¡Ay! señorita, contestó con aire receloso, Vds se rien de estas cosas y su incredulidad lastíma nuestras creencias.

—Está V. en un error, repuse, yo respeto esas tradiciones del pueblo en que palpitan el amor, la fé, la poesía y la belleza, que se unen para formar el caballeresco caracter de los españoles.

—No entiendo bien eso, señorita; pero veo que V. no se reirá de mi narración y voy à contar á Vds. la leyenda de la pobre Flor del Valle.

Y el tio Pedro amarrando la pequeña embarcación, que se mecia muellemente á impulso de las olas nos contó la siguiente tradición que corregida en la forma é integra en el fondo ofrecemos hoy á nuestro lectores.

***

Era el año 1224, el pequeño pueblo de R. defendido por fuertes castillos de los ataques de la Morisma era el punto de residencia de las familias acomodadas de la corte; y cerca de la playa se alzaban espaciosas quintas de construcción sencilla y elegante, rodeadas de artísticos jardines semejantes á los de Venus que soñaba en el Parnaso la exhaltada fantasía de los romanos.

Formando contraste con estas señoriales mansiones se veia á la izquierda de la playa una pequeña casita de blancas paredes y verdes rejas en las cuales se entrelazaban una pasionaria y un jazminero que iban á ofrecer sus flores en perfumado ramillete á los habitantes de la pequeña casita.

Eran estas dos mugeres, una anciana de rostro simpático, franco y expresivo, dulces ojos y blancos cabellos; y una jóven de 20 años

alta, esbelta, de rostro ovalado y correctas facciones semejantes á las de una estátua griega, animadas por unos ojos negros grandes, soñadores y profundos, sombreados de largas y arqueadas pestañas negras que formaban contraste con la nívea blancura de su tez á la que rodeaba como precioso marco de ébano la magnífica cabellera que caia en revueltos rizos sobre su eburnea frente.

Tenía la niña un aspecto tan dulce, tan puro y tan espiritual que á su vista la imaginación desechaba toda idea pagana para compararla solo á una hermosa vírgen, soñada por un pintor, y que animada de ese soplo misterioso que se llama vida hubiera abandonado el lienzo.

Esta jóven tenia el nombre de Maria de la Estrella; pero era mas conocida por el de La Flor del Valle, que su belleza le habia conquistado.

El corazón de la niña tan puro como la risa de un ángel, había dormido el tranquilo sueño de la inocencia sin sentir las inquietudes del amor hasta el dia que Armando de Villanueva la encontró en su camino, sus miradas se cruzaron y sus almas quedaron unidas por los incomprensibles lazos de las simpatías.

Desde aquel dia Estrella abrió su alma à las dulces emociones del amor, todo se apareció á sus ojos con nuevos colores, el sol era más brillante, el aire más puro, las flores más bellas y los pájaros decian en sus poéticos trinos fráses de ternura que antes no habia escuchado y que ahora sin comprenderlas entendia; y era que la luz del amor inundaba su alma virginal y ella se entregaba por completo al sentimiento, sin pensar en mañana, feliz con el presente, crédula sencilla y enamorada, levantando en su corazón un altar en el que adoraba la imagen de su Armando.

Este por su parte, impresionado por la angelical belleza de la Flor del Valle, sentia una acendrada pasión, vivía solo para ella, y los dos jóvenes, todas las mañanas á la hora que el astro rey eleva su disco brillante sobre el horizonte pareciendo salir del seno de las aguas, en la que los pajarillos entonan sus matutinos cánticos y las aves marinas tienden sus gigantes alas; los dos amantes se encontraban á la orilla de la playa, entraban en la barquilla de Armando y se dirigian á una pequeña gruta, que en el sitio que hoy está la islita existía, y allí se entregaban á dulces é inocentes coloquios, jurándose eterno amor y fidelidad.

Más ¡Ay! Tanta dicha no podia ser duradera y la señora del lugar, madre de Armando no tardó en tener noticias del idilio à que su hijo se entregaba y no agradándole su amor á una villana, se propuso evitar su trato; pero á las primeras indicaciones conoció que la pasión habia hechado hondas raices en el corazón de Armando y recurrió á el disimulo para estorbar lo que temia no conseguir á la fuerza.

Llamó á su hijo al suntuoso salon de su morada y haciéndole sentar á su lado le dijo:

—Es preciso que hablemos seriamente del porvenir, hijo mio, y espero que no seran vanas las consideraciones que tengo que hacerte.

—Hablad, madre y señora, nunca puede vuestra voz ser en vano escuchada por vuestro hijo, contestó respetuosamente.

—Eres muy jóven, hijo mio, estás criado lejos de la corte, desconoces el mundo y no es extraño que te dejes arrebatar de tu natural sencillo y apasionado para formarte lázos, que si son dulces al principio no tardan en hacerse pesados é insoportables.

—No os entiendo, dijo el jóven preso de vaga inquietud.

—Me refiero á tu amor por esa jóven aldeana que.....

—No prosigais, madre mia, los lazos que á ella me unen son santos, yo no puedo querer mas que á ella cuya alma pura vale mas que todos los pergaminos de nobleza.

—Lo créo, pero tú eres el descendiente de todos estos ilustres varones, dijo mostrándole con la mano los retratos de sus nobles antecesores que adornaban las paredes del salon, careces del derecho de encerrarte en un lugar, la corte te reclama, el interes de tu casa lo exige.

—Haré lo que me decís, madre, iré á la corte, cumpliré mis deberes; pero Estrella ennoblecida por sus virtudes y mi amor será la compañera de mi vida.

—No me opongo más antes es preciso que yo me convenza de la certeza de ese amor, de que no cedes á una ilusión, pide permiso al Rey para acompañar á Teobaldo 1.° de Navarra en la cruzada, cubre tu nombre de laureles y si tu amor subsiste, ven á ponerlos á los pies de Estrella que yo acederé gustosa á vuestro enlace.

—Si, madre, mañana mismo partiré en cuanto me despida de Flor del Valle.

El jóven se dirigió à la playa, mando recado á Estrella y entrando en la barca la esperó lleno de pesar y emocción.

No tardó en aparecer la elegante silueta de la niña que vestida con un sencillo trage blanco, sugeto á la cintura por una cinta de seda azul se acercaba rapidamente y estrechando entre sus manos las de Armando, se sentó á su lado mirando ansiosa su turbado semblante, sintiendo desgarrarsele el corazón al oir de su boca el relato de la escena que con su madre habia tenido, y echándole los brazos al cuello le pidió deshecha en lágrimas que no la abandonara.

—¡Abandonarte yo! dijo Armando, No, Estrella mia, considero justa la pretensión de mi madre, tengo que obedecerla, honrar la noble sangre que llevo y volver digno de tí para encontrar en tu amor el prémio de mis afanes.

—Yo no quiero honores, Armando, hartos tienes para los que yo merezco, yo quiero tu corazón; si no te puedo dar timbres de nobleza puedo darte la dicha que solo existe en el amor del alma. Dí á tu madre que tenga compasión de mi, no sabría vivir sin verte, no me condenes à este suplicio.

—No seas niña yo volveré pronto.

—¡Si sucumbieras lejos de mi..... si no volviera á verte!

—Tu amor me librará de los peligros y pensando en tí saldré bien de todas mis empresas.

—¡Si me olvidaras, sería peor que la muerte!

—Me ofendes, Estrella, ¿puedo yo olvidarte nunca?

—Mira dijo la jóven poniéndose de pié y estendiendo el brazo en dirección al cielo, ¿Ves esas nubes nacaradas que se amontonan en torno de la luna semejando una pleyade de hadas? ¿Ves esas movibles ondas que vienen á chocar contra la arena y pasan y desaparecen sin que sepamos á donde las empuja el destino? Esta es la imagen de nuestra vida, igual á esas nubes son nuestras ilusiones, lo mismo que ellos nos fingen dichas sin fin que como las ondas son desechas por el huracan que las arrebata y las hace desaparecer. Yo había soñado con tu amor, habia soñado que no te apartarías de mí; pero la luz del desengaño alumbra mi alma, me dejas y no volveré á verte, la amargura que hay en mi corazon me lo dice.

El jóven conmovido la estrechó en sus brazos y le dijo:

—No es menos sensible para mi que para ti esta separación, comprendo tu pesar, pero no dudes de mí; guarda en tu corazón la esperanza, perla inapreciable que nos dará consuelo y no veas esas nubes y esas ondas cubiertas por el negro velo del dolor sino por el aureo matiz del amor que nos une, y no entriztezcas más mi alma con tu desesperación.

—Parte, pues, yo te juro ser tuya ó encontrar mi tumba en el fondo de esta bahía en que tantas horas dichosas hemos pasado.

—Y yo te juro cumplirte mi promesa poniendo por testígo de ella á las hadas marinas que oyen mi juramento.

Estrella sintio un vago temor al oir evocar las divinidades marinas, al mismo tiempo la luna se veló, la barquilla dió una violenta sacudida y el viento silvó sobre sus cabezas con una armonía extraña como si las hadas hubieran tomado nota del juramento de los amantes.

***

Tres años han pasado desde la partida de Armando. La *Señora* tambien habia abandonado el valle llendo á vivir á la corte y Estrella esperaba con el alma llena de amargura, pero sin pensar que pudiera abandonarla, la vuelta de su amado al que cada dia quería con mas vehemencia.

Pasaba los dias sumida en sus tristes reflexiones y cuando llegaban las horas en que tenia costumbre de verlo se dirigía á la playa y vagaba triste y sola por los sítios que con él frecuentaba creyendo en su ilusión sentir el éco de su voz y verlo amante y apasionado al lado suyo.

Los sufrimientos habian alterado su salud, un circulo azulado

rodeaba sus magníficos ojos que fúlguraban con celeste llama en sus hundidas órbitas y sus megillas pálidas y enflaquecidas se veian colorar por el fuego de la calentura.

Su madre alarmada llamó un médico de la ciudad el que declaró que la jóven presentaba todos los síntomas de esa terrible afección que tantas victimas causa y cuyo solo nombre nos asusta, *la tisis*.

La pobre anciana lo oyó llena de terror y le manifestó los motivos que creía abrian el supulcro á su inocente hija.

El Doctor compadecido, procuró consolar á la infeliz madre y formó el proposito de trabajar todo lo que le fuese posible en favor de la interesante enferma.

Con este fin, de regreso á la corte, buscó ocasión de hablar con Armando al cual refirió el estado en que se encontraba La Flor del Valle.

Armando lo escuchó con dolorosa sospresa, su conciencia levantó un eco acusador de su conducta, pues en los tres años trascurridos, él que se había separado de Estrella con un verdadero sentimiento y que habia marchado á Tierra Santa en la cruzada en que tomaba parte Teobaldo I, le había enviado cariñosos mensages que su madre tuvo buen cuidado de interceptar, hasta que la falta de noticias, la vida activa del campamento, el brillo de los honores y distinciones que habia alcanzado y los encantos de la hermosa Blanca de Champaña, sobrina de Teobaldo, cuya mano le ofreciera este en prémio de su valor y con la que había contraido matrimonio, habian acabado por borrar de su mente la imagen de Estrella.

Mas las palabras del Doctor evocando sus recuerdos, hicieron que su conciencia despertase, el amor que le habia profesado volviera á hacerse sentir y la memoria de tantas horas felices aguijoneara su alma de tal modo que tomando un pretexto para ausentarse, montó á caballo y se dirigió al hermoso valle de R.

Conforme se iba acercando su corazón latía con violencia, aquel sítio encantador, aquellas blancas casitas aquellas altas montañas y aquellas tranquilas aguas que tantas veces surcara en compañia de Estrella, hablaban de tal todo á su alma que el jóven creia todo lo pasado un sueño, que acababa de separarse de ella y volvía á verla tan hermosa, tan sencilla, tan confiada y tan enamorada como siempre.

Cuando llegó á la playa, divisó la elegante silueta de Flor del Valle sentada en una peña con el cabello destrenzado, la frente inclinada sobre el pecho parecia la estátua del dolor.

Armando corrió á ella, la estrecho con delírio entre sus brazos; Estrella sosprendida dió un débil grito, conoció á su amante y su cuerpo calló al suelo como cae la tierna flor cuyo tallo troncha el furioso huracan.

El jóven asustado la depositó en la arena, humedeció sus manos y su cara con agua y la llamó con los nombres más tiernos y cariñosos.

Vuelta en si Estrella rodeo los brazos al cuello de su amado, de sus labios salieron palabras entrecortadas, reía y lloraba á un tiempo, le daba cariñosas quejas, le contaba sus sufrimientos y no podía espresarle la dicha de verlo; sino con las caricias que brotaban de su alma.

Armando la escuchaba arrobado, sin saber como hacer para conservar aquel cariño que era su dicha y el puesto que tenía en la sociedad.

Cuando pasaron las primeras expansiones empezó á contarle su vida en aquellos tres años, ocultándole solo su casamiento, y pidiéndole perdón por su olvido

Estrella deshecha en lágrimas, que brotaban de su corazón al ver la ingratitud de aquel ser tan adorado le estrecho contra su pecho diciéndole.

—¿Como no perdonarte ingrato cuando ya te tengo à mi lado y no te separarás más de mi?

— Es preciso separarnos, Estrella mia, yo ya no soy libre y nuestro amor tiene que estar envuelto en el misterio.

Y entonces revistiendo su matrimonio de los caracteres de un sacrificio dijo toda la verdad á la infeliz niña que palida y ansiosa iba cogiendo las palabras de sus labios, sintiéndolas caer como gotas de plomo candente sobre su corazón.

Entretanto la barquilla á merced de las olas se habia alejado de la costa en dirección á la gruta. Empezaba á anochecer, la luna alumbraba con su dulce luz las estalástitas que formaban las paredes y la espuma de las olas parecia una corona de plata alrededor de las breñas.

Armando amarró la barquilla y se internó con Estrella en su interior, se reclinaron en la menuda arena y procuró calmar con sus protestas de amor el dolor de la jóven sin poder conseguirlo.

Las horas pasaron, ya era completamente de noche las nubes habian ocultado la luna y Armando creyó prudente volver á sus hogares, se levantó para dirigirse á donde había dejado la barquilla y observó con terror que las aguas habian subido y la puerta de la cueva estaba cerreda, entonces volvió al lado de Estrella que de pié inmovil y silenciosa lo miraba.

—Estamos perdidos Estrella, exclamó el jòven.

—¿Perdidos? contestó ella, no, es al contrario, yo te había perdido y te encuentro, las divinidades marinas conciertan nuestros desposorios, esta gruta es el alcazar que nos preparan y en el fondo del mar entre las algas y los corales tenemos nuestro lecho nupcial.

—¿Qué dices Estrella? ¿Te has vuelto loca?

—Por mi desgracia no ha sido así, cuando he visto tu perfidia, por mi mente ha pasado como por linterna mágica toda nuestra vida pasada y futura, tu antigaa pasión, tus juramentos, nuestra separación..... tu ingratitud..... tu egoismo ..... tu abandono..... tu trai-

ción.. ... He visto el porvenir; he visto tu hogar, una mujer que lleva tu nombre, tiene tu cariño, tu respeto, la consideración de la sociedad; acaricia en sus brazos un hijo, heredero ilustre de tu sangre.. ..... he visto todo esto como los condenados ven la gloria ..... y me hé visto yo cubierta de oprobio, de verguenza, rodeada de pedazos de mi alma que no podian llevar el nombre de su padre, sufriendo los tormentos del infierno, sintiendo crugir como ecos de maldición los besos que le robaba á tu esposa y no pudiendo tener fé, cariño, goce ni ilusión con un amor adultero y maldito.

Armando la oía aterrado, las aguas seguian subiendo, ya les llegaban á la rodilla, quiso contestar pero Estrella le atajó diciendole.

—Mas tu habias jurado y las hadas no quieren que yo apure este martirio, Ven, esposo mio, el tálamo nos espera; juntemos nuestros lábios y vamos á empezar la vida interminable en que no pueden ser separadas las almas que en la tierra se unieron.

. . . . . .

. . . . . .

Tres meses habian pasado de la desaparición de Estrella y Armando, sus familias los buscaban sin descanso y sin poder tener indicios de su paradero, la *Señora* vino al valle y ya no sabia á que lado dirigir sus pesquisas cuando llegó á sus oidos que en la gruta del mar se oian de noche suspiros, besos y caricias; y que algunos jóvenes pescadores, habian visto danzar velando entre la espuma sus formas esculturales una pleyade de sirenas y hadas marinas, entre las que habian conocido á Estrella vestida de musgo, ovas y verdes algas y coronada de conchas, perlas y corales en unión del jóven Armando.

La *Señora* llamó á su nuera.

—Blanca, le dija, ven conmigo, vamos á ver lo que hay de cierto en lo que dicen los pescadores.

—*Señora*, contestò la jóven con firmeza, no seré yo la que turbe el reposo de las almas de Armando y la infeliz á quien sin saberlo arrebaté la dicha, si yo lo hubiese sabido no hubiera aceptado la mano de vuestro hijo, ella era la esposa que Dios le había dado y en sueños he visto sus almas unidas gozando las inefables dulzaras reservadas á los seres que se aman y.....

—Basta, estás loca, yo iré sola exclamó la irascible *Señora*.

Mandó preparar una barca y se hizo conducir á la gruta; el mar estaba en calma, soplaba una suave brisa y se acercaron á ella sin dificultad; mas apenas habian llegado el sol se obscureció las olas se levantaron furiosas, el huracán sopló con violencia produciendo una lúgrubre armonia y la barquilla se estrelló contra las peñas, al mismo tiempo que un fuerte terremoto sacudió el valle, las casas calleron, profundas grietas labráron el suelo y del fondo

del mar se elevó la islita que hemos descrito coronada por el enorme peñon en que todos conocieron la cara de la *Señora* á quien las hadas habian dado muerte por su crueldad y egoismo para con los infelices amantes.

Es creencia general de los pescadores que todas las noches se oyen las enamoradas frases de los dos jóvenes y los lamentos de la *Señora*.

* *

Cuando el Tio Pedro acabó su narración, era la hora del crepúsculo, estaba pálido, tembloroso y dirigía á su alrededor recelosas miradas.

Nosotros conmovidos por la triste historia de La Flor del Valle y compadecidos del estado de aquel hombre al que no amedrantaban los combates y que temblaba como un niño á impulsos del influjo que ejerce lo sobrenatural en esas pobres gentes, le ayudamos á soltar la barquilla y nos alejamos de aquel sitio viendo borrarse y confundirse con el horizonte el contorno de la *Señora*.

CANTARES.

Que deje de amarte yo,
No lo puede conseguir
Ni todo el poder de Dios.

Tan solo le pido á Dios
Y me juzgaré dichoso,
Que el dia que yo me muera
Seas tu quien cierre mis ojos.

Por más que todos me d'gan
El que olvide tu cariño,
Todo el tiempo que yo viva
Tiene que vivir conmigo.

Tengo un infierno de celos
De despecho y de pasión,
¡Y se atreven á decir
Que no tengo corazón!

Yo me remonté á los cielos
En alas de una ilusión,
Pero el triste desengaño
Contra el suelo me arrojó.

Cuando pienso en tus traiciones
Siento vergüenza, ira, horror;
Y que luchan en mi alma
La venganza y el perdón.

Es tan grande mi cariño
y mi desesperación,
Que, amándote, te aborrezco
Con todo mi corazón.

Célos, amor y venganza
Batallan dentro de mí;
Quisiera ser tú verdugo
Y dar mi sangre por tí.

Cuando perdí tu cariño
Fué igual el dolor de mi alma,
Al de la madre á quien quitan
El hijo de sus entrañas.

Te quise, y el desengaño
Que tu cariño me dió,
Ha hecho para mi imposible
Volver á sentir amor.

No me hables de tu cariño
Para mi ya se acabó,
Solo en mi pecho hay cenizas
Y nieve en mi corazón.

Cuando ví que no me amabas
Fué más grande mi dolor
Que si me hicieran pedazos
Las fibras del corazón.

Al faltarme tu cariño
Sentí un vacio màs profundo,
Que si ciega, sorda y muda
Me viera sola en el mundo.

Para mi no existe dicha
Para mi no alumbra el sol,
¡He perdido tu cariño!
¿Qué más desesperación?

Una maldición te alcance
Por el daño que me has hecho;
Donde pongas tu cariño
Que solo encuentres desprecio.

Por la *salú* de tu madre
Que no me olvides *chayó*,
Que no encuentras en el mundo
Quien te quiera más que yó.

Dáme un tiro que me mate,
Has trizas mi corazón;
Pero no me des más celos
Que te lo pido por Dios.

Nunca conocí los celos
Hasta que tu me los das,
Y quisiera que me dieras
Mejor veinte *puñalás*.

Las lágrimas que mis ojos
Mas amargas han vertido,
Fueron las que me arrancaron
Tus traiciones y tu olvido.

El mayor de los tormentos
Que yo puedo concebir,
Es que llegues á olvidarme.
Porque estás lejos de mí.

DESESPERACIÓN.

¡Ay! de aquel que ha visto perdida en un dia
La dicha que eterna creyó el corazón!

. . . . . .

. . . . . .

¡Ay! de aquel que vive solo en el pasado
¡Ay! del que la triste realidad palpó
El que el esqueleto de este mundo mira
Y sus falsas galas, loco le arrancó.....

(Espronceda.)

Dios permite que los dolores nos hieran en el alma para que conozcamos nuestra pequeñez, humillemos nuestra soberbia y le dirijamos suplicas fervientes.

Pero despues del dolor Dios manda el placer, el placer puro, el placer del alma; que solo se halla en el seno de la religión.

¡Es tan dulce creer que *hay un más allá* donde el alma puede, libre de la materia, encontrar el goce que ambiciona!

¡Es tan dulce doblar la rodilla y elevar el corazón á Dios en busca del consuelo.

El alma necesita goces propios de su naturaleza espiritual y su procedencia divina.

Necesita un órden de sentimientos mas elevados que los que proporcionan el mundo y la materia y solo los puede hallar en Dios y la Religión.

El amor maternal se aproxima tambien á esta clase de goces, él es el más puro; el más santo de todos los amores terrenos, porque ha sido purificado por el dolor en el corazón de la Madre del Nazareno.

Otros amores pueden dar tambien estos goces; pero es necesario que el corazón haya sufrido mucho para llegar á espiritualizarse, los seres dichosos sienten menos, no saben lo que son esas luchas, esas tempestades del alma que la destrozan y la arrastran por los desiertos

y páramos de la desesperación cuando la antorcha de la fé no les señala el término de su viage.

Teniendo fé en Dios cuanto más cruel, cuanto más acerbo es el dolor, cuanto mas mina la existencia con mayor gusto y mayor resignación se resiste y se ofrece en expiación de nuestras culpas.

Hay veces que el dolor tiene voluptuosidades como el placer; cuando se siente mucho, se encuentra alivio en la misma intensidad de la pena.

Hay seres á quienes parece que persigue la desdicha, á quienes de los mismos dones que Dios les concede el mundo hace un instrumento de martirio.

Almas sedientas de cariño que visten con el bello ropage que crea su fantasía, un ser en quien creen ver la encarnación de sus sueños y el desengaño las obliga á tener que ir despojándolo una por una de las ricas galas con que lo adornara hasta encontrarse solo con un repugnante esqueleto alli donde creian hallar la felicidad.

Quizas este desencanto sea el mayor de los dolores que podamos esperimentar, el que hace vacilar nuestra razon y el que agotando las fuentes del sentimiento ahoga los impulsos generosos del alma; por que en él nos acompaña el pesar de que el ser que nos conduce á este estado no sea digno del sacrificio, ni capaz de comprenderlo; y el sufrimiento es mas profundo cuanto más desconocido é ignorado y cuanto más esfuerzos se hacen por ocultarlo en el fondo del alma.

Puede ocurrir entonces que la fuerza del dolor extravie la imaginación y el deseo de dejar la vida acuda á nosotros, que nuestra inteligencia forme juicios falsos y pensemos que la muerte no es la separación de la naturaleza física y anémica del ser humano, sino la carencia de toda ilusión, de todo consuelo, la contemplación del desierto de la vida; que la muerte es esa y la separación del cuerpo y el espíritu, es libertad, es vida.

Como dejamos dicho para llegar á esta situación es preciso haber recibido un desengaño que rompa todos los lazos que hacen agradable la existencia, haber visto escarnecidos los más íntimos sentimientos, rechazadas las confidencias, la ternura; y pérdidas todas las esperanzas de felicidad.

Todo es entonces motivo de desesperación.

Las caricias hacen brotar lágrimas, las injurias nos son indiferentes, la calma de la naturaleza y la alegría de los demas, nos parecen un sarcasmo de nuestros sufrimientos, los dolores agenos los aumentan, el odio á todo lo creado quiere hacerse sentir en nuestro corazón mientras la razón lucha con esos sentimientos bastardos.

Parece que queremos maldecir lo que nos rodea y que al mismo tiempo las primeras creencias que nos inculcaron en la infancia y las máximas del Crucificado aperecen escritas con letras de fuego ante nuestros ojos.

Solo encontramos una dicha: sufrir. Solo una esperanza, destruir

materia para dar al alma la libertad que ambiciona y que libre de todo lazo, altiva y pura pueda gozar el placer que no halla en el mundo.

La idea del suicidio acude á nuestra mente y pensamos que Dios mismo, Dios que ve y que juzga, Dios que perdona á los que aman y sufren, acogerá nuestra alma y perdonará nuestro pecado.

Nuestro espíritu se sumerge en un caos de tinieblas, solo la luz de la fé puede alumbrarnos y darnos fuerzas para luchar con el huracan del mundo como el náufrago con la impetuosa corriente y poder alcanzar el puesto de salvación.

Solo en la religión de Cristo hallamos el remedio de nuestros males, solo en ella podemos encontrar el alívio, solo comparando nuestros dolores con el dolor de la Estrella de Nazaret y nuestras afrentas con las que sufrió el inocente Cordero, nos parecen pequeñas y tenemos fuerza y resignación para soportarlas con la grandeza de ánimo que el Martir del Calvario nos legó en sus incomparables preceptos.

¡Bendita la religión de Cristo.

¡Desdichados los que no creen!

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

A MI QUERIDA HERMANA

CATALINA DE BURGOS SEGUÍ.

El que desée hombres grandes y virtuosos, que eduque á las mujeres en la grandeza y la virtud.

Una de las cosas que preferentemente deben llamar la atención de la sociedad, por su gran importancia y necesidad, es la cultura y educación de la mujer, de la que dependen la civilización y el progreso de los pueblos.

Tarea demasiado árdua para nuestra pobre pluma es el ocuparnos de punto tan importante y trascendental, y solo el deseo que nos anima de dedicar nuestros esfuerzos á contribuir, en la medida que nos sea posible, á la gran obra de la regeneración social, cuya base es la educación de la mujer, nos hace emprenderla en cumplimiento del deber que todos tenemos de llevar aunque no sea más que un grano de arena, para levantar ese colosal edificio del que la mujer es la base sobre que ha de descansar la suerte de las sociedades futuras.

En la educación de la mujer está la solución de los problemas sociales que tanto nos afectan, pues como dice De Segur «Los hombres hacen las leyes y las mujeres forman las costumbres.»

En efecto, la mujer es la que desempeña los más altos destinos en el hogar doméstico, es la guardadora de los intereses materiales, la depositária del honor de la familia, la que influye con sus consejos y su ejemplo en las decisiones de su esposo, y por último, la que tiene la sublime misión de formar el tierno corazón de sus hijos, que semejante á blanda cera, está pronto á tomar la forma, digámoslo así, que quiera dársele.

El niño, desde su más tierna infancia, abre su corazón á los sentimientos afectuosos por medio de las caricias y el amor de su madre; y así es que los que han tenido la dicha de ser educados por una madre tierna, ilustrada y virtuosa, jamás olvidan sus principios, y en medio del caos de sus extravíos ven brillar una luz que no ha podido apagar el huracan del mundo:

Las primeras ideas inculcadas por su madre.

¡Cuántos hombres han debido su grandeza á las que les dieron el ser! Díganlo los ejemplos de San Agustín, Constantino, Napoleón y otros muchos que sería prolijo enumerar.

El hombre más fuerte, el tirano más cruel, es esclavo de la mujer que lo domina y lo subyuga con sus encantos, disponiendo de la autoridad que á él le pertenece.

Por esta razón se debe hacer de la mujer un elemento de progreso y engrandecimiento social, religioso y moral; y esto solo puede conseguirse por medio de una buena y sólida educación, que debe descansar en principios religiosos; pues sin esta base nunca podríamos llegar á obtener los resultados apetecídos.

El ser humano recibe en el momento de su animación, en estado de germen, todas las facultades de que Dios lo ha dotado, y si bien es verdad que estas facultades se desarrollan por sí mismas en virtud de las leyes de la Naturaleza, no podrían nunca alcanzar más que un desarrollo imperfecto, á no ser por la educación que es la que las desenvuelve de un modo conforme con su naturaleza y les hace alcanzar el mayor grado de perfección posible.

Por esto dice Gray en su *Elegía escrita en el cementerio de un pueblo*. «Acaso descansa aquí un corazón animado en otro tiempo de celeste llama, acaso hay aquí enterradas manos dignas de sostener un cetro ó de despertar las sublimes armonías de las liras.—Pero la ciencia no ha desarrollado jamás en su presencia esas grandes páginas enriquecidas por los despojos del tiempo; la fría miseria reprimía sus nobles impulsos y ahogaba en su alma las inspiraciones del génio.—¡Cuántas piedras preciosas del más puro brillo están perdidas en los abismos del Océano! ¡Cuántas encantadoras flores abren su capullo, ostentan sus bellos matices y prodigan sus perfumes á las brisas del desierto!»

La gran importancia que vemos tiene la educación hace que sea preciso en el educador un detenido estudio, y conocimientos profundos en esta materia.

Los padres casi nunca pueden dedicarse á educar por si mismos á sus hijos, ya porque no posean conocimientos para ello, ya por que la necesidad de entregarse á sus faenas se lo impida, y hasta en las clases que por su posición y conocimientos pudieran dedicarse con éxito á tan honrosa taréa, vemos que la sociedad les hace crearse una multitud de deberes que les impide dedicarse á este. Además, no basta el amor que Dios ha puesto en el corazón de los padres, y que

se observa aún en los irracionales, haciendo que la leona amamante y defienda sus cachorros y que las avecillas busquen las materias de que han de fabricar el nido á sus polluelos, no, la educación no puede ser fruto del amor ni el instinto, sino de estudio y los conocimientos adquiridos.

Las Maestras reemplazan á la madre en esta sublime misión, ellas tienen que nutrir la tierna inteligencia de las niñas, ellas tienen que formar su caracter, desarrollar sus facultades, dirigir sus instintos y sentimientos, y enriquecer su inteligencia con los conocimientos que les comuniquen, para que más tarde puedan llenar los santos y delicados deberes que están llamadas á desempeñar en el hogar doméstico, donde como madres, son maestras, y como esposas consejeras.

La mujer tiene dotes preciosas é inapreciables, como son, un corazón tierno y generoso, un alma elevada y sensible, un carater ligero é impresionable y una imaginación viva y perspicaz.

Ahora bien, estas cualidades constituyen un peligro sino se contienen con la moral más severa y la piedad cristiana, para evitar la soberbia que su superioridad le pudiera hacer concebir, y que quisiera traspasar los límites que Dios le señala, dando oidos á las sugestiones de su amor propio y no cumpliendo la sagrada misión que en el hogar le está encomendada.

La mujer virtuosa y educada sabe rodear de encantos á las personas de su familia y hacer que el esposo, hastiado de sus tareas ordinarias, encuentre á su lado la paz y la alegria, conservando puro y brillante el cristal de la ilusión que nos oculta la espantosa realidad de la materia.

Necesita la educadora para poder llenar su dificil cometido poseer una gran suma de conocimientos, amar tiernamente á sus discípulas, ver en su ministerio un sacerdocio y comprender la gran responsabilidad moral que entraña, ya se considere bajo el punto de vista individual ó social.

La educación no consiste en ciertos adornos que comunmente se le enseñan á la mujer, sino en el desarrollo y perfección de todas sus facultades, enseñándola más á pensar que á brillar; más á ser respetable que fascinadora, inculcarles los sentimientos religiosos y el hábito del trabajo para que comprendan que todos, hasta las clases más altas de la sociedad, tienen el deber de contribuir con su trabajo físico ó intelectual al desarrollo y progreso de la humanidad, evitando la ociosidad, causa y raiz de los vicios; y que es mayor el placer que experimenta una pobre obrera al cubrir su cuerpo con un modesto vestido de percal fruto de su trabajo, que el que experimenta la gran dama que se engalana con régias joyas para asistir á un sarao.

Es preciso no olvidar que hay que educar madres y esposas, y contraer preferentemente la atención á este objeto.

Lo primero que debe procurar la educadora es no descuidar la

educación física para que sus alumnas gocen la mayor salud, energía y robustez posible y que puedan ser madres de familia en vez de jóvenes nerviosas y anémicas, incapaces de desempeñar el más ligero trabajo. Hay que hacer desaparecer la preocupación de que el desarrollo físico perjudica la belleza de las formas ó pue le dar á la mujer un aspecto demasiado varonil. El desarrollo físico lejos de perjudicar favorece á la belleza, y así se observa que los pueblos de la antígua Grécia, donde tan gran importancia se daba á la educación física, llegaron á poseer un grado de belleza que hace se citen justamente como modelos, á juzgar por las magníficas estátuas que de ellos han llegado hasta nuestros días y que sin duda están tomadas del natural.

Convendría, pues, que se generalizase la gimnasia entre el sexo femenino, y no se olvidara ninguno de los cuidados que la Higiene nos aconseja, procurando hacer desaparecer las preocupaciones de las que creen, que contrariando la naturaleza, dando al pié, al talle y á todo el cuerpo un aspecto artificial por medio de corsés é incómodos vestidos, se consigue más belleza estética, cuando lo que se hace es destruirla, perder la salud y llegar por esos medios hasta el decaimiende la raza y el empobrecimiento de la nación.

No menos importante es la educación física para el buen éxito de la educación Psíquica, por que el cuerpo es el instrumento de que se vale el alma para manifestarse al exterior, y cuanto más apto sea, mejor podrá ejecutar sus concepciones.

La constitución física de la mujer hace que en ella domine más que en el hombre el sistema nervioso, y que su sensibilidad sea más delicada, digámoslo así

En esto se ha de fijar particularmente la que eduque para dirigir la sensibilidad convenientemente, evitando los excesos y que sus educandas se hagan en vez de sensibles, *sensibileras*. que todo las afecte, ó que el abuso llegue á agotar el sentimiento, que tan gran papel representa en nuestra vida.

Vemos que hay en nosotros una inclinación marcada hacia todo lo que nos halaga, y procuramos librarnos de todas las sensaciones desagradables, así es, que cuanto mejor dirijido sea el sentimiento con más facilidad nuestra voluntad, de acuerdo con él, solo se decidirá á obrar lo que sea lícito y moral; omitiendo sin violencia y solo por inclinación lo que sea contrario á esto.

El primer sentimiento que se desarrolla en el alma del niño es el amor, y la educadora debe cuidar que el gérmen del amor no se extinga en su alma, haciendo de ellos séres egoistas, sino que se desarrolle y se haga extensívo á todos sus semejantes, para que brote de él la caridad; en cumplimiento de la hermosa máxima del Crucificado que envuelve toda la moral de la ley divina: *Amaos los unos á los otros.*

Con no menos cuidado hay que evitar que la emulación, tan co-

mún entre el sexo femenino, llegue á traspasar los límites en que debe estar contenida y se den los tristes ejemplos de luchas y enemistades tan comunes por desgracia.

La mujer bien educada debe estar por cima de estas debilidades, porque la educación la hace ser culta, discreta, indulgente, sensible, fiel y modesta.

El sentimiento estético es innato en la mujer y de él podemos sacar un gran partido, por que el amor á lo bello hace que lo busquemos siempre tanto en el órden material como en el moral.

Mas no consiste la educación estética en hacer que se acostumbren á amar lo que halague sus sentidos, sino que es preciso hacerles conocer y apreciar la verdadera belleza, que existe en «Todo lo que sin repugnar á la razón halaga al alma »

En efecto; si vemos una pobre mendiga súcia y haraposa que pide un pedazo de pan necesario para su sustento, y que en el momento, que con sus súplicas llega á conseguirlo, cuando se prepara a llevarlo con ánsia á la boca, se le acerca un niño que mira con tristeza aquel pan de que él carece, y entonces ésta mujer dominando sus necesidades y sus pasiones dá su pan al niño para ir ella á buscarlo a otra parte donde no sabe si lo encontrará..... Ninguna belleza tiene la mendiga, su aspecto nos es repulsivo, pero la acción que ha ejecutado halaga nuestra alma porque envuelve una gran belleza moral.

Más si en el momento que se verifica la escena descrita pasa una mujer hermosísima, rodeada de todos los refinamientos del lujo y la coquetería, y se rie desdeñosamente á la vista de estos infelices, notaremos que apesar de halagar nuestra vista como estátua nos repugna por su falta de caridad, lo que nos demuestra que hay belleza física, más no belleza moral.

Por eso, como deciamos antes, hay que acostumbrar á la mujer á no dejarse llevar de las impresiones dé sus sentidos, sino que reflexione y busque la belleza verdadera, la que es de un órden más noble y elevado que la material, la que Dios infunde; la belleza moral.

Para el desarrollo del sentimiento estético, así como para toda la vida de la mujer, es de gran importancia la imaginación, y no debemos descuidarla pues de ella puede depender la felicidad ó la desgracia de toda nuestra existencia

La imaginación es uno de los mayores dones de que Dios ha dotado al alma, ella nos pinta el porvenir con colores risueños; ella evoca imágenes de felicidad en medio de nuestras amarguras; sin ella se haría insoportable la vida, sobrevendría el desaliento y no tendríamos la constancia y la fuerza necesarias para trabajar con el objeto de conseguir el ideal que nos presenta, ya sea este la gloria, la felicidad etc.

La imaginación unida al sentimiento estético, es la que constituye el génio, la que da vida à las obras del pintor, del poeta y del es-

cultor, y la que es el orígen y fuente de donde brotan las obras de ingénio y de arte que son el asombro y admiración del mundo.

Pero el desarrollo de la imaginación requiere un gran esmero: si se exalta demasiado es una de nuestras mayores desgracias, pues si bien dirigida engendra artistas y contribuye á la felicidad alentándonos en ambiciones nobles, mal dirigida ó exaltada engendra locos y visionarios, nos disgusta de la vida real, fingiéndonos ideales falsos é imposible, y hace que nos forjemos quimeras y fantasmas, ambiciones locas y desmedidas imposibles de realizar, y que constituyen nuestra desgracia. Bien dirigida impulsa al heroismo, y en caso contrario es el origen de la mayor parte de los crímenes de la humanidad.

En las mujeres es muy temible el extravio de la imaginación, porque estando reducidas á un círculo mucho más estrecho y limitado que el de los hombres, y debiendo generalmente dedicarse á trabajos más prosáicos y monótonos, si tiene una imaginación novelesca y exaltada se disgusta de ellos, anhela lo imposible y se hace desgraciada, contribuyendo á que lo sean las personas que la rodean.

Por el contrario, la imaginación bien dirigida es uno de los más inestimables dones en la mujer; ella hace que todo lo alegre y lo embellezca, le sugiere medios de agradar y complacer á los que la rodean, y preside á la colocación de todos los muebles y enseres de la casa, en la que se nota el gusto artístico que la hace agradable al esposo que viene á buscar en ella el descanso de sus trabajos y fatigas.

El medio de evitar el extravío de la imaginación es el cultivo de la razón, que es la facultad anímica que funciona, como reina y señora de todas las demás.

Todo el trabajo de la educadora debe tender al buen desarrollo de la razón, porque esta nos librará de errores, nos hará juzgar con verdad y sin apasionamiento, nos librará de las equivocaciones, evitando que adornemos con las galas que creé nuestra fantasía séres imaginarios, labrando nuestra desgracia, y por último nos hara reflexionar y conocer nuestros sentimientos.

Una razón bien desarrollada no admite sofismas engañosos; todo lo que no es verdadero, bueno y justo, es rechazado por ella; y si pudiésemos ver el alma de los *que se dicen* ateos en el momento de negar la existencia del Supremo Hacedor, veriamos como apesar de todos sus argumentos la razón les grita contra la doctrina que propalan.

La razón nos dá el conocimiento de nuestra propia dignidad, de la sublime misión que tenemos que llenar en la tierra y de los sagrados deberes que nos estan encomendados.

Todo el trabajo de perfección de las facultades que necesita hacer la educadora, ha de descansar sobre una base sólida y verdadera, que es la religión.

El sentimiento religioso es tambien innato en el corazón del hombre, pues en el fondo del alma de todos los seres racionales existe *algo* que podemos considerar como una intuición de la Divinidad, y que hace que hasta los salvajes, que no tienen la más ligera noción religiosa, comprendan que hay un *Ser* superior á ellos, como nos lo prueba el hecho de adorar al sol, los astros y las fuerzos de la Naturaleza.

Desarrollar este sentimiento ilustrándolo, hé aquí lo que ha de hacer la educadora. La mujer ha de ser ilustrada, no ha de abrigar supersticiones y tiene que ser verdaderamente religiosa, conociendo y amando á su Creador, y cumpliendo por amor á Él sus deberes, practicando los actos religiosos con todo su corazón, no con los lábios ó de pura fórmula.

La religión es la base sobre que descansa la sociedad. La Historia nos lo prueba. Antes de la aparición del cristianismo consumía á la sociedad el más horrible anarquísmo y la relajación más absoluta de sus vínculos.

Los padres tenían sobre sus hijos los derechos más despóticos y las mujeres eran miradas como *cosas*. El matrimonio casi no existia, por la facilidad de los divorcios y Juvenal nos habla de una mujer que llegó á tener 8 maridos; y S. Francisco de un hombre que llevaba 20 esposas.

Unicamente él pudo poner fin á este estado de cosas; santificó el matrimonio haciendo á la mujer compañera del hombre y no esclava, dignificó á nuestro sexo y trajo al mundo la paz extinguiendo los privilegios de nacimiento y poder, para hacer á todos los hombres hermanos y unirlos con los lazos de la bendita Caridad.

Por eso la mujer tiene doble obligación de amar à su Redentor, á Jesùs, á esa gran figura que llena con su grandeza todos los ámbitos del Universo, que selló con su sangre su doctrina y que dió su vida en aras de su amor á los descendientes de Adam; y con conciencia de sus deberes debe mostrarse digna del puesto que el Dios hombre le ha asignado en la sociedad.

Mas para que conozca sus deberes, la mujer tiene que ser instruida. Un hombre ilustrado gusta de una mujer bien educada que lo comprenda y que pueda compartir sus goces y sus pesares, asociándola al consorcio del espíritu y no á la comunidad de la materia, y satisfaciendo la noble ambición del alma.

Sostienen algunos que las condiciones intelectuales de la mujer son inferiores á las del hombre, habiendo llegado el Dr. Gall á sostener que la constitución de su cerebro es diferente al del hombre, y que su falta de desarrollo la hace inferior á él, por lo que están sugetas á más superticiones y debilidades.

Sin embargo otros sabios muy eminentes han combatido con éxito esta teoría, y está probado que en todas partes que se han establecido estudios superiores para nuestro sexo, este ha dado evidentes

muestras de su aptitud; y que únicamente la falta de cultura en que se le tiene sumido, es lo que dá esa apariencia de superioridad intelectual al hombre.

Por fortuna en las sociedades modernas hay una marcada tendencia hácia la cultura femenina, y ya se abre á la mujer la puerta del Templo de las Ciencias, cuándo hace poco se la privaba del conocimiento de las primeras letras.

La mujer no debe ser solo materialmente la compañera del hombre, no debe vivir con él en el divorcio intelectual, sino que debe comprenderlo y ayudarle con sus consejos, para poder vivir unidos con esos lazos morales que son los que no pueden romperse nunca, los que farman la unión y la identidad de las almas.

La enseñanza de las labores ejerce en la vida de la mujer una influencia eminentemente moralizadora; es un medio de subsistencia en las clases pobres, en la clase media un recurso que evita gastos de otro modo inexcusables, y un entretenimiento agradable y provechoso para las clases acomodadas; y sea cualquiera su rango en la sociedad, ocupándose en las labores se pasa útilmente el tiempo y se preserva de los peligros de la ociosidad, encontrando medios de ocupar la imaginación, creando á veces, verdaderas obras de arte y preciosos cuadros de gran riqueza de colorido, valiéndose de ese *diminuto pincel* que se llama aguja.

Hasta hace pocos años las labores eran lo único á que se reducía la enseñanza femenina, pero ya, afortunadamente, sin abandonar estas, se enseña á la mujer todas las ciencias, se la instruye en Higiene y la Economía, que tan importante papel juega en el interior de la familia, y se le dá una instrucción sólida y provechosa.

Es opinión muy debatida si la mujer debe dedicarse solo al cuidado del hogar ó puede desempeñar otros oficios que los de esposa y madre.

Esta última es la misión de la mujer, en ello encuentra especial gusto y sus instintos, sus juegos de niña, todo, en fin, la inclina á la vida tranquila y pacífica del hogar, donde ella tiene su trono; pero como hay muchas mujeres que por circunstancias especiales se ven obligadas á buscar su sustento y el de sus familias, debe procurarse dar á la mujer una profesión con la que pueda estar en actitud de atender á sus necesidades.

Con esto se evitaría la desgracia de muchas mugeres, á las que la miseria y las necesidades materiales obligan á ejecutar actos que su razón rechaza; y el gran número de matrimonios que se verifican sin la meditación y desinteresado cariño que un acto tan trascendental requiere; y que gran número de jóvenes den su mano, sin entregar su corazón, al primero que las solicita, con el fin de asegurarse una posición que no pueden conseguir por otro medio, por aquello de que *la mujer no tiene más carrera que el matrimonio.*

En América y en algunas naciones de Europa, como Suecia y

Francia, se dá á la mujer una educación que le permite desempeñar mucha profesiones, carreras, artes y empleos; y en España se opera un movimiento favorable en este sentido.

En el ejercicio del Magisterio tiene tambien ancho campo para demostrar sus aptitudes, en él puede dedicarse con fé al mejoramiento de la sociedad, en él puede prodigar su cariñosa ternura, convirtiendo la escuela en una prolongación del hogar doméstico, y en él puede desenvolver con el ejemplo, los gérmenes que existen en las tiernas plantas que a su lado crecen y se desarrollan, para que puedan convertirse en árboles frondosos que den abundante y óptimo fruto, llevando al partir de esta vida el consuelo de haber podido ser útil en algo à sus semejantes.

INDICE.

	Páginas.
Carta Prólogo.	*I*
Zahara.	*1*
La Mariposa. (Instantánea)	*7*
Dos Madres.	*9*
Salud de los enfermos. (Tradición) . .	*13*
Locura. (Balada Alemana)	*19*
El Repatriado.	*21*
Una venganza. (Historia de la edad media)	*25*
El Pajarillo. (Balada).	*33*
Cantares.	*35*
Las Almas Hermanas.	*39*
La Flor del Valle. (Leyenda)	*45*
Cantares.	*55*
Desesperación.	*59*
La Educación de la Mujer.	*63*

Precio 2 Pesetas.